



Marius
Hugo, Victor

Publicado: 1862

Categoría(s): Ficción, Novela

Fuente: <http://es.wikisource.org>

Acerca Hugo:

Victor-Marie Hugo (26 February 1802 — 22 May 1885) was a French poet, novelist, playwright, essayist, visual artist, statesman, human rights campaigner, and perhaps the most influential exponent of the Romantic movement in France. In France, Hugo's literary reputation rests on his poetic and dramatic output. Among many volumes of poetry, *Les Contemplations* and *La Légende des siècles* stand particularly high in critical esteem, and Hugo is sometimes identified as the greatest French poet. In the English-speaking world his best-known works are often the novels *Les Misérables* and *Notre-Dame de Paris* (sometimes translated into English as *The Hunchback of Notre-Dame*). Though extremely conservative in his youth, Hugo moved to the political left as the decades passed; he became a passionate supporter of republicanism, and his work touches upon most of the political and social issues and artistic trends of his time. Source: Wikipedia

También disponible en Feedbooks de Hugo:

- *Fantina* (1862)
- *Cosette* (1862)
- *Jean Valjean* (1862)
- *Idilio en calle Plumet y epopeya en calle Saint-Denis* (1862)

Nota: Este libro le es ofrecido por Feedbooks

<http://www.feedbooks.com>

Estrictamente para uso personal. En ningún caso puede ser utilizado con fines comerciales.

Parte 1

París en su átomo

Capítulo 1

El pilluelo

París tiene un hijo y el bosque un pájaro. El pájaro se llama gorrión, y el hijo pilluelo. Asociad estas dos ideas, París y la infancia, que contienen la una todo el fuego, la otra toda la aurora; haced que choquen estas dos chispas, y el resultado es un pequeño ser.

Este pequeño ser es muy alegre. No come todos los días, pero va a los espectáculos todas las noches, si se le da la gana. No tiene camisa sobre su pecho, ni zapatos en los pies, ni techo sobre la cabeza, igual que las aves del cielo. Tiene entre siete y trece años; vive en bandadas; callejea todo el día, vive al aire libre; viste un viejo pantalón de su padre que le llega a los talones, un agujereado sombrero de quién sabe quién que se le hunde hasta las orejas, y un solo tirante amarillo. Corre, espía, pregunta, pierde el tiempo, sabe curar pipas, jura como un condenado, frecuenta las tabernas, es amigo de ladrones, tutea a las prostitutas, habla la jerga de los bajos fondos, canta canciones obscenas, y no tiene ni una gota de maldad en su corazón. Es que tiene en el alma una perla, la inocencia; y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si preguntamos a esta gran ciudad: ¿Quién es ése? respondería: es mi hijo. El pilluelo de París es el hijo enano de la gran gigante.

Este querubín del arroyo tiene a veces camisa, pero entonces es la única; usa a veces zapatos, pero no siempre con suela; tiene a veces casa, y la ama, porque en ella encuentra a su madre; pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Sus juegos son peculiares. Su trabajo consiste en proporcionar coches de alquiler, bajar el estribo de los carruajes, establecer pasos de una acera a otra en los días de mucha lluvia, lo que él

llama "hacer el Puente de las Artes"; también pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés; ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda, que se compone de todos los pedazos de cobre que se encuentra en la calle. Esta curiosa moneda, llamada "hilacha", posee una cotización invariable entre esta bohemia infantil.

Tiene su propia fauna, que observa cuidadosamente por los rincones. Buscar salamandras entre las piedras es un placer extraordinario, y no menor lo es el de levantar el empedrado y ver correr las sabandijas.

Por la noche el pilluelo, gracias a algunas monedas que siempre halla medio de procurarse, va al teatro, y allí se transfigura. También basta que él esté allí con su alegría, con su poderoso entusiasmo, con sus aplausos, para que esa sala estrecha, fétida, obscura, fea, malsana, repugnante, sea el paraíso.

Este pequeño ser grita, se burla, se mueve, pelea; va vestido en harapos como un filósofo; pesca y caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, aturde las calles con su locuacidad, husmea y muerde, silba y canta, aplaude a insulta, encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es loco hasta la sabiduría, poeta hasta la obscenidad, se revuelca en el estiércol, y sale de él cubierto de estrellas.

El pilluelo ama la ciudad y ama también la soledad; tiene mucho de sabio.

Cualquiera que vagabundee por las soledades contiguas a nuestros arrabales, que podrían llamarse los limbos de París, descubre aquí y allá, en el rincón más abandonado, en el momento más inesperado, detrás de un seto poco tupido o en el ángulo de una lúgubre pared, grupos de niños malolientes, llenos de lodo y polvo, andrajosos, despeinados, que juegan coronados de florecillas: son los niños de familias pobres escapados de sus hogares. Allí viven lejos de toda mirada, bajo el dulce sol de primavera, arrodillados alrededor de un agujero hecho en la tierra, jugando a las bolitas, disputando por un centavo, irresponsables, felices. Y, cuando os ven, se acuerdan de que tienen un trabajo, que les hace falta ganarse la vida, y os ofrecen en venta una vieja media de lana llena de abejorros, o un manojo de lilas. El encuentro con estos niños extraños es una de las experiencias más encantadoras, pero a la vez de las más dolorosas que ofrecen los alrededores de París.

Son niños que no pueden salir de la atmósfera parisiense, del mismo modo que los peces no pueden salir del agua. Respirar el aire de París conserva su alma.

El pilluelo parisiense es casi una casta. Pudiera decirse que se nace pilluelo, que no cualquiera, sólo por desearlo, es un pilluelo de París. ¿De qué arcilla está hecho? Del primer fango que se encuentre a mano. Un puñado de barro, un soplo, y he aquí a Adán. Sólo basta que Dios pase. Siempre ha pasado Dios junto al pilluelo.

El pilluelo es una gracia de la nación, y al mismo tiempo una enfermedad; una enfermedad que es preciso curar con la luz.

Capítulo 2

Gavroche

Unos ocho o nueve años después de los acontecimientos referidos en la segunda parte de esta historia, se veía por el boulevard del Temple a un muchachito de once a doce años, que hubiera representado a la perfección el ideal del pilluelo que hemos bosquejado más arriba, si, con la sonrisa propia de su edad en los labios, no hubiera tenido el corazón vacío y opaco. Este niño vestía un pantalón de hombre, pero no era de su padre, y una camisa de mujer, que no era de su madre. Personas caritativas lo habían socorrido con tales harapos. Y, sin embargo, tenía un padre y una madre; pero su padre no se acordaba de él y su madre no lo quería. Era uno de esos niños dignos de lástima entre todos los que tienen padre y madre, y son huérfanos.

Este niño no se encontraba en ninguna parte tan bien como en la calle. El empedrado era para él menos duro que el corazón de su madre. Sus padres lo habían arrojado al mundo de un puntapié. Había empezado por sí mismo a volar.

Era un muchacho pálido, listo, despierto, burlón, ágil, vivaz. Iba, venía, cantaba, robaba un poco, como los gatos y los pájaros, alegremente; se reía cuando lo llamaban tunante, y se molestaba cuando lo llamaban granuja. No tenía casa, ni pan, ni lumbre, ni amor, pero estaba contento porque era libre.

Sin embargo, por más abandonado que estuviera este niño, cada dos o tres meses decía: [Voy a ver a mamá! Y entonces bajaba al muelle, cruzaba los puentes, entraba en el arrabal, pasaba la Salpêtrière, y se paraba precisamente en el número 50-52 que el lector conoce ya, frente a la casa Gorbeau.

La casa número 50-52, habitualmente desierta, y eternamente adornada con el letrero: "Cuartos disponibles", estaba habitada ahora por gente que, como sucede siempre en París, no

tenían ningún vínculo ni relación entre sí, salvo ser todos indigentes.

Había una inquilina principal, como se llamaba a sí misma la señora Burgon, que había reemplazado a la portera de la época de Jean Valjean, que había muerto.

Los más miserables entre los que vivían en la casa eran una familia de cuatro personas, padre, madre y dos hijas, ya bastante grandes; los cuatro vivían en la misma buhardilla. El padre al alquilar el cuarto dijo que se llamaba Jondrette. Algún tiempo después de la mudanza, que se había parecido, usando una expresión memorable de la portera, a "la entrada de la nada", este Jondrette dijo a la señora Burgon:

- Si viene alguien a preguntar por un polaco, o por un italiano, o tal vez por un español, ése soy yo.

Esta familia era la familia del alegre pilluelo. Llegaba allí, encontraba la miseria y, lo que es más triste, no veía ni una sonrisa; el frío en el hogar, el frío en los corazones.

Cuando entraba le preguntaban:

- ¿De dónde vienes?

Y respondía:

- De la calle.

Cuando se iba le preguntaban:

- ¿Adónde vas?

Y respondía:

- A la calle.

Su madre le decía:

- ¿Entonces, a qué vienes aquí?

Este muchacho vivía en una carencia completa de afectos, más no sufría ni echaba la culpa a nadie; no tenía una idea exacta de lo que debía ser un padre y una madre.

Por lo demás, su madre amaba sólo a sus hermanas.

En el boulevard del Temple llamaban a este niño el pequeño Gavroche. ¿Por qué se llamaba Gavroche? Probablemente porque su padre se llamaba Jondrette. Cortar el hilo parece ser el instinto de muchas familias miserables.

El cuarto que los Jondrette ocupaban en casa Gorbeau estaba al extremo del corredor.

El cuarto contiguo estaba ocupado por un joven muy pobre que se llamaba Marius.

Digamos ahora quién era Marius.

Parte 2

El gran burgués

Capítulo 1

Noventa años y treinta y dos dientes

El señor Lucas-Espíritu Gillenormand era un hombre sumamente particular; era de otra época, un verdadero burgués de esos del siglo XVIII, que vivía su burguesía con la misma altivez que un marqués vive su marquesado. Había cumplido noventa años y caminaba muy derecho, hablaba alto, bebía mucho, comía, dormía y roncaba. Conservaba sus treinta y dos dientes y sólo se ponía anteojos para leer. Era muy aficionado a las aventuras amorosas, pero afirmaba que hacía ya una docena de años que había renunciado decididamente a las mujeres. "Ya no les gusto -decía-, porque soy pobre." Jamás dijo "porque estoy viejo". Y en realidad confesaba sólo con una pequeña renta. Vivía en el Marais, en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en casa propia.

Era superficial y tenía muy mal genio. Se enfurecía por cualquier cosa, y muchas veces sin tener la menor razón. Decía groserías con cierta elegante tranquilidad e indiferencia. Creía muy poco en Dios. Era monárquico fanático.

Se había casado dos veces. La primera mujer le dio una hija, que permaneció soltera. La segunda le dio otra hija, que murió a los treinta años, y que se había casado por amor con un militar que sirvió en los ejércitos de la República y del Imperio, que había ganado la cruz en Austerlitz y recibido el grado de coronel en Waterloo.

- Es la deshonra de la familia -decía el viejo Gillenormand.

Capítulo 2

Las hijas

Las dos hijas del señor Gillenormand habían nacido con dieciséis años de diferencia. En su juventud se habían parecido muy poco, tanto por su carácter como por su fisonomía. Fueron lo menos hermanas que se puede ser. La menor era un alma bellísima, amante de todo lo que era luz, pensando siempre en flores, versos y música, volando en los espacios gloriosos, entusiasta, espiritual, soñando desde la infancia con una vaga e ideal figura heroica. La mayor tenía también su quimera; veía en el futuro algún gran contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millón hecho hombre.

La menor se había casado con el hombre de sus sueños, pero murió. La mayor no se había casado. En el momento que ésta sale a la escena en nuestro relato, era una solterona mojigata que estaba a cargo de la casa de su padre. Se la conocía como la señorita Gillenormand mayor.

Era el pudor llevado al extremo. Tenía un recuerdo horrible en su vida: un día le había visto un hombre la liga. Sin embargo, y el que pueda explicará estos misterios de la inocencia, se dejaba abrazar sin repugnancia por un oficial de lanceros, sobrino segundo suyo, llamado Teódulo.

El señor Gillenormand tenía dos sirvientes, Nicolasa y Vasco. Cuando alguien entraba a su servicio, el anciano le cambiaba nombre. La criada, por ejemplo, se llamaba Olimpia; él la llamó Nicolasa. El hombre, un gordo de unos cincuenta años incapaz de correr veinte pasos, había nacido en Bayona, por lo cual lo llamó Vasco.

Había además en la casa, entre esta solterona y este viejo, un niño siempre tembloroso y mudo delante del señor Gillenormand, el cual no le hablaba nunca sino con voz severa, y algunas veces con el bastón levantado:

- ¡Venid aquí, caballerito! Bergante, pillo, acercaos a mí. Responded, tunante. Que ni os vea yo, galopín, en...

Lo idolatraba.

Era su nieto.

Parte 3

El abuelo y el nieto

Un espectro rojo

Este niño, de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres e inocentes ojos, siempre oía murmurar a su alrededor estas frases: "¡Qué lindo es! ¡Qué lástima! ¡Pobre niño!" Lo llamaban pobre niño porque su padre era "un bandido del Loira".

Este bandido del Loira era el yerno del señor Gillenormand, y había sido calificado por éste como la deshonra de la familia.

Sin embargo, quien pasara en aquella época por la pequeña aldea de Vernon, podría observar desde lo alto del puente a un hombre que se paseaba casi todos los días con una azadilla y una podadora en la mano. Tendría unos cincuenta años, iba vestido con un pantalón y una especie de casaca de burdo paño gris, en el cual llevaba cosida una cosa amarilla que en su tiempo había sido una cinta roja; en su rostro, tostado por el sol, había una gran cicatriz desde la frente hasta la mejilla; tenía el pelo casi blanco; caminaba encorvado, como envejecido antes de tiempo.

Vivía en la más humilde de las casas del pueblo. Las flores eran toda su ocupación. Comía muy frugalmente, y bebía más leche que vino; era tímido hasta parecer arisco; salía muy poco, y no veía a nadie más que a los pobres que llamaban a su ventana, y al padre Mabeuf, el cura, que era un buen hombre de bastante edad. Sin embargo, si alguien llamaba a su puerta para ver sus tulipanes y sus rosas, abría sonriendo.

Era el bandido del Loira.

Su nombre era Jorge Pontmercy. Fue un militar que combatió en los ejércitos de Napoleón en innumerables batallas, y a quien el emperador concedió la cruz de honor por su valentía y fidelidad. Acompañó a Napoleón a la isla de Elba; en Waterloo fue quien cogió la bandera del batallón de Luxemburgo, y fue a colocarla a los pies del emperador, todo cubierto de sangre,

pues había recibido, al apoderarse de ella, un sablazo en la cara.

El emperador, lleno de satisfacción, le dijo: Sois coronel, barón y oficial de la Legión de Honor.

Después de Waterloo, la Restauración dejó a Pontmercy a media paga, y después lo envió al cuartel, es decir, sujeto a vigilancia en Vernon. El rey Luis XVIII, considerando como no sucedido todo lo que se había hecho en los Cien Días, no le reconoció ni la gracia de oficial de la Legión de Honor, ni su grado de coronel, ni su título de barón.

En tiempos del Imperio, entre dos guerras, había encontrado la oportunidad para casarse con la señorita Gillenormand. En 1815 murió esta mujer admirable, inteligente, poco común, y digna de su marido, dejándole un niño. Ese niño habría sido la felicidad del coronel en su soledad; pero el abuelo reclamó imperiosamente a su nieto, declarando que, si no se lo entregaba, lo desheredaría. Impuso expresamente que Pontmercy no trataría nunca de ver ni hablar a su hijo. El padre accedió por el interés del niño, y no pudiendo tener al lado a su hijo, se dedicó a amar a las flores.

La herencia del abuelo Gillenormand era poca cosa; pero la de la señorita Gillenormand mayor era grande, porque su madre había sido muy rica, y habiendo ella permanecido soltera, el hijo de su hermana era su heredero natural. El niño, que se llamaba Marius, sabía que tenía padre, pero nada más. Nadie abría la boca para hablarle de él, y llegó poco a poco a no pensar en su padre sino lleno de vergüenza y con el corazón oprimido.

Mientras Marius crecía en esta atmósfera, cada dos o tres meses se escapaba el coronel, iba furtivamente a París y se apostaba en San Sulpicio, a la hora en que la señorita Gillenormand llevaba a Marius a misa; y allí, temblando al pensar que la tía podía darse vuelta y verlo, oculto detrás de un pilar, inmóvil, sin atreverse apenas a respirar, miraba a su hijo. Aquel hombre, lleno de cicatrices, tenía miedo de una vieja solterona.

Aquí había nacido su amistad con el cura de Vernon, señor Mabeuf.

Este digno sacerdote tenía un hermano, administrador de la Parroquia de San Sulpicio, que había visto muchas veces a este hombre contemplar a su hijo, y se había fijado en la cicatriz

que le cruzaba la mejilla y en la gruesa lágrima que caía de sus ojos. Ese hombre de aspecto tan varonil y que lloraba como una mujer, impresionó al señor Mabeuf. Un día que fue a Vernon a ver a su hermano, se encontró en el puente al coronel Pontmercy, y reconoció en él al hombre de San Sulpicio. Habló de él al cura, y ambos, bajo un pretexto cualquiera, hicieron una visita al coronel, visita que trajo detrás de sí muchas otras.

El coronel, muy reservado al principio, concluyó por abrir su corazón; y el cura y su hermano llegaron a saber toda la historia, y cómo Pontmercy sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Esto hizo nacer en el corazón del párroco un profundo cariño y respeto por el coronel, quien a su vez le tomó gran afecto. Cuando ambos son sinceros, no hay nada que se amalgame mejor que un viejo sacerdote y un viejo soldado.

Dos veces al año, el 1° de enero y el día de San Jorge, escribía Marius a su padre cartas que le dictaba su tía, y que parecían copiadas de algún formulario; esto era lo único que permitía el señor Gillenormand. El padre respondía en cartas muy tiernas, que el abuelo se guardaba en el bolsillo sin leerlas.

Marius Pontmercy hizo, como todos los niños, los estudios corrientes. Cuando salió de las manos de su tía Gillenormand, su abuelo lo entregó a un digno profesor de la más pura ignorancia clásica, y así aquel joven espíritu que empezaba a abrirse, pasó de una mojigata a un pedante. Marius terminó los años de colegio, y después entró a la escuela de Derecho. Era realista fanático y muy austero. Quería muy poco a su abuelo, cuya alegría y cuyo cinismo lo ofendían, y tenía una sombría idea respecto de su padre.

Por lo demás, era un joven entusiasta, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado, digno hasta la dureza, puro hasta la rudeza.

Capítulo 2

Fin del bandido

Marius acababa de cumplir los diecisiete años en 1827 y terminaba sus estudios. Un día al volver a su casa vio a su abuelo con una carta en la mano.

- Marius -le dijo-, mañana partirás para Vernon.
- ¿Para qué? -dijo Marius.
- Para ver a tu padre.

Marius se estremeció. En todo había pensado, excepto en que podría llegar un día en que tuviera que ver a su padre. No podía encontrar nada más inesperado, más sorprendente y, digámoslo, más desagradable. Estaba convencido de que su padre, el cuchillero como lo llamaba el señor Gillenormand en los días de mayor amabilidad, no lo quería, lo que era evidente porque lo había abandonado y entregado a otros. Creyendo que no era amado, no amaba. Nada más sencillo, se decía.

Quedó tan estupefacto, que no preguntó nada. El abuelo añadió:

- Parece que está enfermo; te llama.

Y después de un rato de silencio, añadió:

- Parte mañana por la mañana. Creo que hay en la Plaza de las Fuentes un carruaje que sale a las seis y llega por la noche. Tómalo. Dice que es de urgencia.

Después arrugó la carta y se la metió en el bolsillo.

Marius hubiera podido partir aquella misma noche, y estar al lado de su padre al día siguiente por la mañana, porque salía entonces una diligencia de noche que iba a Rouen y pasaba por Vernon. Pero ni el señor Gillenormand ni Marius pensaron en informarse.

Al día siguiente al anoecer llegaba Marius a Vernon. Principiaban a encenderse las luces. Encontró la casa sin dificultad. Le abrió una mujer con una lamparilla en la mano.

- ¿El señor Pontmercy? -dijo Marius.

La mujer permaneció muda.

- ¿Es aquí?

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

- ¿Puedo hablarle?

La mujer hizo un gesto negativo.

- ¡Es que soy su hijo! -dijo Marius-. Me espera.

- Ya no os espera.

Marius notó entonces que estaba llorando.

La mujer le señaló con el dedo la puerta de una sala baja, donde entró.

En aquella, sala, iluminada por una vela de sebo colocada sobre la chimenea, había tres hombres; uno de pie, otro de rodillas y otro tendido sobre los ladrillos. El que estaba en el suelo era el coronel. Los otros dos eran un médico y un sacerdote que oraba.

El coronel había sido atacado hacía tres días por una fiebre cerebral; al principio de la enfermedad tuvo un mal presentimiento, y escribió al señor Gillenormand para llamar a su hijo. El enfermo se agravó, y el mismo día de la llegada de Marius a Vernon el coronel había tenido un acceso de delirio; se había levantado del lecho a pesar de la oposición de la criada, gritando:

- ¡Mi hijo no viene!, ¡voy a buscarlo!

Y habiendo salido de su cuarto cayó en los ladrillos de la antecámara. Acababa de expirar.

Habían sido llamados el médico y el cura; pero el médico llegó tarde y el sacerdote llegó tarde.

También el hijo llegó tarde.

A la débil luz de la vela se distinguía en la mejilla del coronel que yacía pálido en el suelo, una gruesa lágrima que brotara de su ojo ya moribundo. El ojo se había apagado, pero la lágrima no se había secado aún. Aquella lágrima era la tardanza de su hijo.

Marius miró a ese hombre, a quien veía por primera y última vez; contempló su fisonomía venerable y varonil, sus ojos abiertos que no miraban, sus cabellos blancos.

Contempló la gigantesca cicatriz que imprimía un sello de heroísmo en aquella fisonomía, marcada por Dios con el sello

de la bondad. Pensó que ese hombre era su padre, y que estaba muerto, y permaneció inmóvil.

La tristeza que experimentó fue la misma que hubiera sentido ante cualquier otro muerto. El dolor, un dolor punzante, reinaba en la sala. La criada sollozaba en un rincón, el sacerdote rezaba y se le oía suspirar, el médico se secaba las lágrimas; el cadáver lloraba también.

El médico, el sacerdote y la mujer miraban a Marius en medio de su aflicción, sin decir una palabra. Allí era él el extraño; se sentía poco conmovido, y avergonzado de su actitud. Como tenía el sombrero en la mano, lo dejó caer al suelo para hacer creer que el dolor le quitaba fuerzas para sostenerlo. Al mismo tiempo sentía un remordimiento, y se despreciaba por obrar así. Pero, ¿era esto culpa suya? [Después de todo, él no amaba a su padre!

El coronel no dejaba nada. La venta de sus muebles apenas alcanzó para pagar el entierro. La criada encontró un pedazo de papel que entregó a Marius; en él el coronel había escrito lo siguiente: "Para mi hijo. El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Ya que la Restauración me niega este título que he comprado con mi sangre, mi hijo lo tomará y lo llevará. Estoy cierto que será digno de él".

A la vuelta de la hoja, el coronel había añadido: "En la batalla de Waterloo un sargento me salvó la vida; se llama Thenardier. Creo que tenía una posada en un pueblo de los alrededores de París, en Chelles o en Montfermeil. Si mi hijo lo encuentra, haga por él todo el bien que pueda".

Marius cogió este papel y lo guardó, no por amor a su padre, sino por ese vago respeto a la muerte que tan imperiosamente vive en el corazón del hombre.

Nada quedó del coronel. El señor Gillenormand hizo vender a un prendero su espada y su uniforme. Los vecinos arrasaron con el jardín para robar las flores más raras; las demás plantas se convirtieron en maleza y murieron.

Marius permaneció sólo cuarenta y ocho horas en Vernon. Después del entierro volvió a París, y se entregó de lleno al estudio del Derecho, sin pensar más en su padre como si no hubiera existido nunca.

Capítulo 3

Cuán útil es ir a misa para hacerse revolucionario

Marius había conservado los hábitos religiosos de la infancia. Un domingo que fue a misa a San Sulpicio, a la misma capilla de la Virgen a que lo llevaba su tía cuando era pequeño, estaba distraído y más pensativo que de ordinario y se arrodilló, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: "Señor Mabeuf, administrador". Apenas empezó la misa, se presentó un anciano y le dijo:

- Caballero, ése es mi sitio.

Marius se apartó en seguida, y el viejo ocupó su silla.

Cuando acabó la misa, Marius permaneció meditabundo a algunos pasos de distancia; el viejo se acercó otra vez y le dijo:

- Os pido perdón de haberos molestado antes y molestaros otra vez en este momento, pero tal vez me habréis creído impertinente y debo daros una explicación.

- No hay necesidad, caballero -dijo Marius.

- ¡Oh, sí! -contestó el viejo-. No quiero que os forméis mala idea de mí. Este sitio es mío. Me parece que desde él es mejor la misa. ¿Y por qué? Voy a decíroslo. A este mismo sitio he visto venir por espacio de diez años, cada dos o tres meses, a un pobre padre que no tenía otro medio ni otra ocasión de ver a su hijo, porque se lo impedían problemas de familia. Venía a la hora en que siempre traían a su hijo a misa. El niño no sabía que su padre estaba ahí, ni aun sabía, tal vez, el inocente, que tenía padre. El padre se ponía detrás de esta columna para que no lo vieran, miraba a su hijo y lloraba. ¡Adoraba a ese niño el pobre hombre! Yo fui testigo de todo eso. Este sitio está como santificado para mí, y he tomado la costumbre de venir a él a oír la misa. Traté un poco a ese caballero de que os hablo. Tenía un suegro y una tía rica que amenazaban desheredar al hijo si él

lo veía; y se sacrificó para que su hijo fuese algún día rico y feliz. Parece que los separaban las opiniones políticas. ¡Dios mío! Porque un hombre haya estado en Waterloo no es un monstruo; no por eso se debe separar a un padre de su hijo. Era un coronel de Bonaparte, y ha muerto, según creo. Vivía en Vernon, donde tengo un hermano cura, y se llamaba algo así como Pontmarie o Montpercy. Tenía una gran cicatriz en la cara.

- Pontmercy -dijo Marius, poniéndose pálido.

- Precisamente, Pontmercy. ¿Lo conocéis?

- Caballero -dijo Marius-, era mi padre.

El viejo juntó las manos, y exclamó:

- ¡Ah, sois su hijo! Sí, ahora debía de ser ya un hombre. Pues bien, podéis decir que habéis tenido un padre que os ha querido mucho.

Marius ofreció el brazo al anciano y lo acompañó hasta su casa.

Al día siguiente dijo al señor Gillenormand:

- Hemos arreglado entre algunos amigos una partida de caza. ¿Me dejáis ir por tres días?

- ¡Por cuatro! -respondió el abuelo-. Anda, diviértete.

Y, guiñando el ojo, dijo en voz baja a su hija:

- Algún amorcillo.

El joven estuvo tres días ausente, después volvió a París, se fue derecho a la biblioteca de Jurisprudencia y pidió la colección del Monitor.

En él leyó la historia de la República y del Imperio, el Memorial de Santa Elena, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines del gran ejército, tuvo fiebre durante una semana. Visitó a todos los generales a cuyas órdenes había servido Jorge Pontmercy. El señor Mabeuf, a quien había vuelto a ver, le contó la vida en Vernon, el retiro del coronel, sus flores, su soledad. Marius llegó a conocer íntimamente a aquel hombre excepcional, sublime y amable, a aquella especie de león-cordero, que había sido su padre.

Mientras tanto, ocupado en este estudio que le consumía todo su tiempo y todos sus pensamientos, casi no veía al señor Gillenormand. Iba a casa sólo a las horas de comer.

Gillenormand se sonreía.

- ¡Bien! Está en la edad de los amores -murmuraba.

Un día añadió:

- ¡Demonios! Creía que esto era una distracción; pero voy viendo que es una pasión.

Era una pasión, en efecto. Marius comenzaba a adorar a su padre.

Al mismo tiempo se operaba un extraordinario cambio en sus ideas. Se dio cuenta de que hasta aquel momento no había comprendido ni a su patria ni a su padre. Hasta entonces palabras como república e imperio habían sido monstruosas. La república, una guillotina en el crepúsculo; el imperio, un sable en la noche. De pronto vio brillar nombres como Mirabeau, Vergniaud, Saint Just, Robespierre, Camille Desmoulins, Danton, y luego vio elevarse un sol, Napoleón. Poco a poco pasó el asombro, se acostumbró a esta nueva luz, y la revolución y el imperio tomaron una muy diferente perspectiva ante sus ojos.

Estaba lleno de pesares, de remordimientos; pensaba desesperado que no podía decir todo lo que tenía en el alma más que a una tumba. Marius tenía un llanto continuo en el corazón.

Al mismo tiempo se hacía más formal, más serio, se afirmaba en su fe, en su pensamiento. A cada instante un rayo de luz de la verdad venía a completar su razón; se verificaba en él un verdadero crecimiento interior. Donde antes veía la caída de la monarquía, veía ahora el porvenir de Francia; había dado una vuelta completa.

Todas estas revoluciones se verificaban en él sin que su familia lo sospechara. Cuando en esta misteriosa metamorfosis hubo perdido completamente la antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata y de realista; cuando fue completamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, mandó hacer cien tarjetas con esta inscripción: El barón Marius Pontmercy. Pero, como no conocía a nadie a quien darlas, se las guardó en el bolsillo.

Como consecuencia natural, a medida que se aproximaba a su padre, a su memoria, a las cosas por las cuales el coronel había luchado veinticinco años, se alejaba de su abuelo.

Ya hemos dicho que hacía tiempo que no le agradaba el carácter del señor Gillenormand. Entre ambos existían todas las disonancias que puede haber entre un joven serio y un viejo frívolo.

Mientras que habían tenido unas mismas opiniones políticas e ideas comunes, Marius se encontraba como en un puente con

el señor Gillenormand. Cuando se hundió el puente, los separó el abismo. Sentía profunda rebelión cuando recordaba que el señor Gillenormand lo había separado sin piedad del coronel, privando al hijo de su padre y al padre de su hijo.

Por compasión hacia su padre, llegó casi a tener aversión a su abuelo. Pero nada de esto salía al exterior. Solamente se notaba que cada día se mostraba más frío, más lacónico en la mesa, y con más frecuencia ausente de la casa. Marius hacía a menudo algunas escapatorias.

- Pero, ¿adónde va? -preguntaba la tía.

En uno de estos viajes, siempre cortos, fue a Montfermeil para cumplir la indicación que su padre le había hecho, y buscó al antiguo sargento de Waterloo, al posadero Thenardier. Thenardier había quebrado; la posada estaba cerrada, y nadie sabía qué había sido de él.

- Decididamente -dijo el abuelo-, el joven se mueve.

Había notado que Marius llevaba bajo la camisa, sobre su pecho, algo que pendía de una cinta negra que colgaba del cuello.

Capítulo 4

Algún amorcillo

El señor Gillenormand tenía un sobrino, el teniente Teódulo Gillenormand, que los visitaba en París en tan raras ocasiones que Marius nunca había llegado a conocerlo.

Teódulo era el favorito de la tía Gillenormand, que tal vez lo prefería porque no lo veía casi nunca. No ver a las personas es cosa que permite suponer en ellas todas las perfecciones.

Una mañana, la señorita Gillenormand mayor estaba bordando en su cuarto y pensando con curiosidad en las ausencias de Marius. Este acababa de pedir permiso al abuelo para hacer un corto viaje, y saldría esa misma tarde. De pronto se abrió la puerta; levantó la mirada y vio al teniente Teódulo ante ella haciéndole el saludo militar. Dio un grito de alegría. Una mujer puede ser vieja, mojigata, devota, tía, pero siempre se alegra al ver entrar en su cuarto a un gallardo oficial de lanceros.

- ¡Tú aquí, Teódulo! -exclamó.

- ¡De paso no más, tía! Parto esta tarde. Cambiamos de guarnición y para ir a la nueva tenemos que pasar por París, y me he dicho: Voy a ver a mi tía.

- Pues aquí tienes por la molestia.

Y le puso diez luses en la mano.

- Por el placer querréis decir, querida tía.

Teódulo la abrazó por segunda vez y ella tuvo el placer de que le rozara un poco el cuello con los cordones del uniforme.

- ¿Haces el viaje a caballo con tu regimiento?

- No, tía. Como quería veros, tengo un permiso especial. El asistente lleva mi caballo, y yo voy en la diligencia. Y a propósito, tengo que preguntaros una cosa. ¿Está de viaje también mi primo Marius Pontmercy? Pues al llegar fui a la diligencia a tomar mi asiento en berlina y he visto su nombre en la hoja.

- ¡Ah, el sinvergüenza! -exclamó- ella-. ¡Va a pasar la noche en la diligencia!

- Igual que yo, tía.

- Pero tú vas por deber, en cambio él va por una aventura.

Entonces sucedió una cosa notable: a la señorita Gillenormand se le ocurrió una idea.

- ¿Sabes que tu primo no te conoce? -preguntó repentinamente a Teódulo.

- Sí, lo sé. Yo lo he visto, pero él nunca se ha dignado mirarme.

- ¿Y vais a viajar juntos?

- El en imperial, y yo en berlina.

- ¿Adónde va esa diligencia?

- A Andelys.

- ¿Es allí donde irá Marius?

- Sí, como no sea que haga como yo, y se quede en el camino. Yo bajo en Vernon para tomar el coche de Gaillon. No sé el itinerario de Marius.

- Escucha, Teódulo.

- Os escucho, tía.

- Lo que pasa es que Marius se ausenta a menudo, y viaja, y duerme fuera de casa. Quisiéramos saber qué hay en esto.

Teódulo respondió con la calma de un hombre experimentado:

- Algún amorío.

- Es evidente -dijo la tía, que creyó oír hablar al señor Gillenormand. Después añadió:

- Haznos el favor. Sigue un poco a Marius; esto te será fácil porque él no te conoce; y si se trata de una mujer, haz lo posible por verla. Nos escribirás contándonos la aventura, y se divertirá el abuelo.

No le gustaba mucho a Teódulo este espionaje; pero los diez luises lo habían emocionado y creía que podrían traer otros detrás. Aceptó, pues, la comisión y su tía lo abrazó otra vez.

En la noche que siguió a este diálogo, Marius subió a la diligencia sin sospechar que iba vigilado. En cuanto al vigilante, la primera cosa que hizo fue dormirse con un sueño pesado y largo. Al amanecer el día, el mayoral de la diligencia gritó:

- ¡Vernon! ¡Relevo de Vernon! ¡Los viajeros de Vernon!

Y el teniente Teódulo se despertó.

- ¡Bueno! -murmuró medio dormido aún- aquí es donde me bajo.

Después empezó a despejarse su memoria poco a poco y se acordó de su tía, de los diez luises y de la promesa que había hecho de contar los hechos y dichos de Marius. Esto le hizo reír.

- Ya no estará tal vez en el coche -pensó abotonándose la casaca del uniforme-. ¿Qué diablos voy a escribir ahora a mi buena tía?

En aquel momento apareció en la ventanilla de la berlina un pantalón negro que descendía de la imperial.

- ¿Será Marius? -se dijo el teniente.

Era Marius.

Al pie del coche, y entre los caballos y los postillones una jovencita del pueblo ofrecía flores a los viajeros.

- Flores para vuestras damas, señores -gritaba.

Marius se acercó a la joven y le compró las flores más hermosas que llevaba en la cesta.

- Vamos bien -dijo Teódulo saltando de la berlina-, esto ya me está gustando. ¿A quién diantre va a llevar esas flores? Es preciso que sea una mujer muy linda para merecer tan hermoso ramillete. Hay que conocerla.

Y no ya por mandato, sino por curiosidad personal, como los perros que cazan por cuenta propia, se puso a seguir a su primo. Marius no lo vio, a él ni a las elegantes mujeres que pasaban a su lado; parecía no ver nada a su alrededor.

- ¡Está enamorado! -pensó Teódulo.

Marius se dirigió a la iglesia, pero no entró; dio la vuelta por detrás del presbiterio, y desapareció.

- La cita es fuera de la iglesia -dijo Teódulo-. ¡Magnífico! Veamos quién es esa mujer.

Y se adelantó en puntillas hacia el sitio en que había dado la vuelta Marius. Cuando llegó allí se quedó estupefacto.

Marius, con la frente entre ambas manos, estaba arrodillado en la hierba, junto a una tumba. Había deshojado el ramo sobre ella. En el extremo de la fosa había una cruz de madera negra, con este nombre escrito en letras blancas: El coronel barón de Pontmercy.

Oyó los sollozos de Marius.

La mujer era una tumba.

Capítulo 5

Mármol contra granito

Allí era donde había ido Marius la primera vez que se ausentó de París. Allí iba cada vez que el señor Gillenormand decía: "*Pasa la noche fuera*".

El teniente Teódulo quedó desconcertado a consecuencia de este encuentro inesperado con un sepulcro; experimentaba una sensación desagradable y singular, que no hubiera podido analizar, y que se componía del respeto a una tumba, y del respeto a un coronel.

Retrocedió en silencio, dejando a Marius solo en el cementerio. No sabiendo qué escribir a la tía, tomó el partido de no escribirle. Y probablemente no hubiera servido de nada el descubrimiento hecho por Teódulo sobre los amores de Marius, si por una de esas coincidencias misteriosas, tan frecuentes en los sucesos más casuales, la escena de Vernon no hubiera tenido, por decirlo así, una especie de eco casi inmediato en París.

Marius volvió de Vernon tres días después a media mañana; llegó a casa de su abuelo, y, cansado por las dos noches de insomnio que había pasado en la diligencia, sólo pensó en ir a darse un baño a la escuela de natación para reparar sus fuerzas. Se sacó apresuradamente el abrigo y el cordón negro que llevaba al cuello, y se fue.

El señor Gillenormand, que se levantaba de madrugada como todos los viejos fuertes y sanos, lo oyó entrar, y se apresuró a subir lo más rápido que le permitieron sus piernas la escalera del cuarto de Marius, con el objeto de saludarlo y de interrogarlo al mismo tiempo, para saber de dónde venía. Pero el joven había empleado menos tiempo en bajar que él en subir, y cuando el abuelo entró en la pieza, ya Marius había salido.

La cama estaba hecha, y sobre ella se encontraban su abrigo y el cordón negro que Marius llevaba al cuello.

- Mejor así -murmuró el anciano.

Y un momento después hacía una entrada triunfal en la sala en que estaba bordando la señorita Gillenormand. Llevaba en una mano el abrigo y el cordón en la otra.

- ¡Victoria! -exclamó-. ¡Vamos a resolver el misterio! ¡Vamos a palpar los libertinajes de este hipócrita! Tengo el retrato.

En efecto, del cordón pendía una cajita de tafilete negro, muy semejante a un medallón. La caja se abrió apretando un resorte, pero no encontraron en ella más que un papel cuidadosamente doblado.

- Ya sé lo que es -dijo el señor Gillenormand echándose a reír-. ¡Una carta de amor!

- ¡Ah! ¡Leámosla! -dijo la tía.

- *"Para mi hijo. El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. Ya que la Restauración me niega este título que he comprado con mi sangre, mi hijo lo tomará y lo llevará. Estoy cierto que será digno de él."*

El señor Gillenormand dijo en voz baja, y como hablándose a sí mismo:

- Es la letra del bandido.

La tía examinó el papel, lo volvió en todos sentidos, y después lo volvió a poner en la cajita. En aquel momento cayó al suelo del bolsillo del abrigo un paquetito cuadrado, envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand lo recogió, y desdobló el papel azul; era el ciento de tarjetas de Marius. Cogió una y se la dio a su padre, que leyó: El barón Marius Pontmercy.

El señor Gillenormand cogió el cordón, la caja y el abrigo, los tiró al suelo en medio de la sala, y llamó a Nicolasa.

- ¡Sacad de aquí esas porquerías! -le gritó.

Pasó una hora en profundo silencio.

De pronto apareció Marius. Antes de atravesar el umbral del salón, vio a su abuelo que tenía en la mano una de sus tarjetas. El anciano, al verlo, exclamó con su aire de superioridad burguesa y burlona:

- ¡Vaya, vaya, vaya, vaya! Ahora eres barón. Te felicito. ¿Qué quiere decir todo esto?

Marius se ruborizó ligeramente, y respondió:

- Eso quiere decir que soy el hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reírse, y dijo con dureza:

- Tu padre soy yo.

- Mi padre -dijo Marius muy serio y con los ojos bajos- era un hombre humilde y heroico, que sirvió gloriosamente a la República y a Francia; que fue grande en la historia más grande que han hecho los hombres; que vivió un cuarto de siglo en el campo de batalla, por el día bajo la metralla y las balas, de noche entre la nieve, en el lodo, bajo la lluvia; que recibió veinte heridas; que ha muerto en el olvido y en el abandono, y que no ha cometido en su vida más que una falta, amar demasiado a dos ingratos: su país y yo.

Esto era más de lo que el señor Gillenormand podía oír. Cada una de las palabras que Marius acababa de pronunciar, principiando por la república, había hecho en el rostro del viejo realista el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizón encendido.

- ¡Marius! -exclamó-. ¡Mocoso insolente! ¡Yo no sé lo que era tu padre! ¡No quiero saberlo! ¡No sé nada! ¡Pero lo que sé es que entre esa gente nunca ha habido más que miserables! Eran todos unos pordioseros, asesinos, boinas rojas, ladrones. ¡Todos! ¿Lo oyes, Marius? ¡Ya lo ves, eres tan barón como mi zapatilla! ¡Todos eran bandidos los que sirvieron a Bonaparte! ¡Todos traidores, que vendieron a su rey legítimo! ¡Todos cobardes, que huyeron ante los prusianos y los ingleses en Waterloo! Esto es lo que sé. Si vuestro señor padre es uno de ellos, lo ignoro, lo siento.

Marius temblaba entero; no sabía qué hacer; le ardía la cabeza. Su padre acababa de ser pisoteado y humillado en su presencia; pero, ¿por quién? Por su abuelo. ¿Cómo vengar al uno sin ultrajar al otro? Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con todo este remolino en la mente; después levantó los ojos, miró fijamente a su abuelo, y gritó con voz tonante:

- ¡Abajo los Borbones! ¡Abajo ese cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII había muerto hacía cuatro años; pero a Marius le daba lo mismo.

El anciano pasó del color escarlata que tenía de rabia a una blancura mayor que la de sus cabellos. Dio algunos pasos por la habitación, y después se inclinó ante su hija, que asistía a esta escena con el estupor de una oveja, y le dijo con una sonrisa casi tranquila:

- Un barón como este caballero y un plebeyo como yo no pueden vivir bajo un mismo techo.

Y después, enderezándose pálido, tembloroso, amenazante, en el colmo de la cólera, extendió el brazo hacia Marius, y le gritó:

- ¡Vete!

Marius salió de la casa.

Al día siguiente, el señor Gillenormand dijo a su hija:

- Enviaréis cada seis meses sesenta pistolas a ese bebedor de sangre, y no me volveréis a hablar de él.

Marius se fue indignado. Una de esas pequeñas fatalidades que complican los dramas domésticos hizo que cuando Nicolsa llevó "las porquerías" de Marius a su cuarto, se cayera en la escala, que estaba muy oscura, el medallón de tafílete negro con la carta del coronel. Al no poderlo encontrar, Marius supuso que el señor Gillenormand, como lo llamaba desde ahora, lo había arrojado al fuego.

Se fue sin decir ni saber adónde, con treinta francos, su reloj y algunas ropas en un maletín. Subió a un cabriolé, lo contrató por horas, y se dirigió, a la ventura, al Barrio Latino. ¿Qué iba a ser de él?

Parte 4

Los amigos del ABC

Capítulo 1

Un grupo que estuvo a punto de ser histórico

En aquella época, indiferente en apariencia, corría vagamente cierto estremecimiento revolucionario. Algunos soplos, que salían de las profundidades de 1789 y 92, flotaban en el aire. La juventud estaba, si se nos permite la palabra, mudando la piel. Se transformaba, casi sin saberlo, por el propio movimiento de los tiempos. Los realistas se hacían liberales: los liberales se hacían demócratas.

Era como una marea ascendente complicada con miles de otras mareas. Se producían las más curiosas mezclas de ideas, como ser un extraño liberalismo bonapartista. Otros grupos de pensadores eran más serios. En ellos se sondeaba el principio; se buscaba un fundamento en el derecho; se apasionaba por lo absoluto; se vislumbraban las realizaciones infinitas. Lo absoluto por su misma rigidez impulsa el pensamiento hacia el cielo, y lo hace flotar en el espacio ilimitado. Pero nada mejor que el sueño para engendrar el porvenir. La utopía de hoy es carne y hueso mañana.

No había entonces todavía en Francia vastas organizaciones subyacentes, pero algunos canales ocultos se iban ya ramificando, y existía en París, entre otras, la sociedad de los amigos del ABC.

¿Y qué eran los amigos del ABC? Una sociedad que tenía por objeto, en apariencia, la educación de los niños, y en realidad la reivindicación de los hombres.

Se declaraban amigos del *Abaissé*¹. Para ellos el *Abaissé* o ABC era el pueblo y querían ponerlo de pie. Retruécano que no

1. *Abaissé* significa en francés humillado, abatido.

debemos tomar a la ligera, pues hay ejemplos muy poderosos, como *Tú eres piedra y sobre esta piedra construiré mi iglesia*.

Los amigos del ABC eran pocos; componían una sociedad secreta en estado de embrión, casi podríamos decir una camarilla si las camarillas pudiesen producir héroes. Se reunían en París en dos puntos: cerca del Mercado en una taberna llamada Corinto, donde acudían los obreros; y cerca del Panteón, en un pequeño café de la plaza Saint-Michel, llamado Café Musain, donde acudían los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del ABC se celebraban en una sala interior del Café Musain. Esta sala, bastante apartada del café, con el cual se comunicaba por un largo corredor, tenía dos ventanas y una puerta con escalera secreta, que daba a la callejuela de Grés. Allí se fumaba, se bebía, se jugaba y se reía. Se hablaba de todo a gritos, pero de una cosa en voz baja. En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia en tiempo de la República, indicio suficiente para excitar el olfato de cualquier agente de policía.

La mayor parte de los amigos del ABC eran estudiantes, en cordial armonía con algunos obreros. Pertenecen en cierta manera a la historia de Francia.

Los principales eran: Enjolras, Combeferre, Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Laigle, Joly, Grantaire.

Por la gran amistad que los unía llegaron a formar una especie de familia. Constituyeron un grupo extraordinario, que desapareció en las invisibles profundidades del pasado.

Enjolras era hijo único y muy rico; su rostro era bello como el de un ángel; a los veintidós años aparentaba tener diecisiete. Parecía no saber que existían las mujeres y los placeres. No había para él más pasión que el derecho; ni más pensamiento que destruir el obstáculo. Era severo en sus alegrías y bajaba castamente los ojos ante todo lo que no era la República. Al lado de Enjolras que representaba la lógica, Combeferre representaba la filosofía de la revolución; revolución, decía, pero también civilización. El bien debe ser inocente, repetía sin cesar.

Prouvaire tocaba la flauta, cultivaba flores, hacía versos, amaba al pueblo, lloraba por los niños, confundía en la misma esperanza el porvenir y Dios, y censuraba a la Revolución por haber cortado una cabeza real: la de Andrés Chenier. También

era hijo único y de familia rica. Era muy tímido, y sin embargo intrépido.

Feuilly era un obrero huérfano de padre y madre que ganaba penosamente tres francos al día y que no tenía más que un pensamiento: libertar al mundo.

Courfeyrac era de familia aristocrática. Tenía esa verbosidad de la juventud, que podría llamarse la belleza del diablo del espíritu.

Bahorel estudiaba Leyes; era un talento penetrante, y más pensador de lo que parecía. Tenía por consigna no ser jamás abogado; cuando pasaba frente a la Escuela de Derecho, lo que sucedía en raras ocasiones, tomaba toda clase de precauciones para no ser infectado. Sus padres eran campesinos a quienes había inculcado el respeto por su hijo.

Laigle era un muchacho alegre y desgraciado. Su especialidad consistía en que todo le salía mal; pero él se reía de todo. A los veinticinco años ya era calvo. Era pobre, pero tenía un bolsillo inagotable de buen humor. Hacía un lento camino hacia la carrera de abogado.

Joly era el enfermo imaginario joven. Lo único que había conseguido al estudiar medicina era hacerse más enfermo que médico. A los veintitrés años se pasaba la vida mirándose la lengua al espejo y tomándose el pulso. Por lo demás, era el más alegre de todos.

En medio de estos corazones ardientes, de estos espíritus convencidos de un ideal, había un escéptico, Grantaire, que se cuidaba mucho de creer en algo. Era uno de los estudiantes que más habían aprendido en sus cursos: sabía perfectamente dónde estaba el mejor café, el mejor billar, las mejores mujeres, el mejor vino. Se reía de todas las grandes palabras como derechos del hombre, contrato social, Revolución Francesa, república, etc. Pero sí tenía su propio fanatismo, que no era una idea ni un dogma, sino que era Enjolras. Grantaire lo admiraba, lo veneraba, lo necesitaba precisamente por ser tan opuesto a él. Pero Enjolras, como era creyente, despreciaba a este escéptico; y como era sobrio, despreciaba a este borrachín.

Capítulo 2

Oración fúnebre por Blondeau

Una tarde, Laigle estaba recostado perezosamente en el umbral de la puerta del Café Musain. Tenía el aspecto de una cariátide en vacaciones. No llevaba consigo más que sus ensueños, y miraba lánguidamente hacia la plaza Saint-Michel. De pronto vio, a través de su sonambulismo, un cabriolé que pasaba con lentitud por la plaza. Iba dentro, al lado del cochero, un joven, y delante del joven una maleta. La maleta mostraba a los transeúntes este nombre escrito en gruesas letras negras en un papel pegado a la tela: Marius Pontmercy.

Este nombre hizo cambiar la posición a Laigle. Se enderezó, y gritó al joven del cabriolé:

- ¡Señor Marius Pontmercy!

El cabriolé se detuvo.

El joven, que parecía ir meditando, levantó los ojos.

- ¿Sois el señor Marius Pontmercy?

- Sin duda.

- Os buscaba -dijo Laigle.

- ¿Cómo me conocéis? -preguntó Marius-. Yo no os conozco.

- Ni yo tampoco a vos -dijo Laigle.

Marius creyó encontrarse con un chistoso, y como no estaba del mejor humor para bromas en aquel momento en que recién salía para siempre de casa de su abuelo, frunció el entrecejo.

Pero Laigle, imperturbable, prosiguió:

- No fuisteis anteayer a la escuela.

- Es posible.

- Es la verdad.

- ¿Sois estudiante de Derecho? -preguntó Marius.

-Sí, señor, como vos. Anteayer entré en la Base por casualidad; ya comprenderéis que alguna que otra vez le dan a uno esas ideas. El profesor iba a pasar lista, y no ignoráis cuán

ridículos son todos los profesores en esos momentos. A las tres faltas os borran de la matrícula; sesenta francos perdidos.

Marius puso atención. Laigle continuó:

- El que pasaba lista era Blondeau. Ya lo conocéis; con su nariz puntiaguda husmea con deleite a los ausentes. Repitió tres veces un nombre, Marius Pontmercy. Nadie respondió. Lleno de esperanzas, tomó su pluma. Caballero, yo tengo buenos sentimientos. Me dije: "Van a borrar a un buen muchacho, a un honorable perezoso, que falta a clase, que vagabundea, que corre detrás de las mujeres, que puede estar en este instante con mi amante. Salvémoslo. ¡Muera Blondeau! ¡Pérfido Blondeau, no tendrás tu víctima, yo te la arrebataré", y grité: ¡Presente! Y esto hizo que no os borrarán...

- ¡Caballero! -dijo Marius.

- Y que el borrado haya sido yo -añadió Laigle.

- No os comprendo -dijo Marius.

- Nada más sencillo. Yo estaba cerca de la cátedra para responder, y cerca de la puerta para marcharme. El profesor me miraba con cierta fijeza. De repente Blondeau salta a la letra L. La L es mi letra, porque me llamo Laigle.

- ¡L'Aigle! ¡Qué hermoso nombre!

- Caballero, Blondeau llegó a este hermoso nombre, y gritó "¡Laigle!" Yo respondí "¡Presente!" Entonces Blondeau me miró con la dulzura del tigre, se sonrió, me dijo: "Si sois Pontmercy, no sois Laigle". Dicho esto, me borró.

Marius exclamó:

- Caballero, cuánto siento...

- Ante todo -lo interrumpió Laigle-, pido embalsamar a Blondeau con el siguiente epitafio: "Aquí yace Blondeau, el narigón, el buey de la disciplina, el ángel de las listas de asistencia, que fue recto, cuadrado, rígido, honesto y repelente. Que Dios lo borre como él me borró a mí".

- Lo siento tanto... -balbuceó Marius.

- Joven -dijo Laigle-, que os sirva esto de lección: sed más puntual en adelante.

- Os pido mil perdones.

- No os expongáis a que borren a vuestro prójimo.

- Estoy desesperado.

Laigle soltó una carcajada.

- Y yo, dichoso. Estaba a punto de ser abogado y esto me salvó. Renuncio a los triunfos del foro. No defenderé a la viuda ni atacaré al huérfano. Nada de toga, nada de estrados. Obtuve que me borrarán; y a vos os lo debo, señor Pontmercy. Debo haceros solemnemente una visita de agradecimiento. ¿Dónde vivís?

- En este cabriolé -dijo Marius.

- Señal de opulencia -respondió Laigle con tranquilidad-. Os felicito. Tenéis una habitación de nueve mil francos por año.

En ese momento salió Courfeyrac del café.

Marius sonrió tristemente.

- Estoy en este hogar desde hace dos horas, y deseo salir de él; pero no sé adónde ir.

- Caballero -dijo Courfeyrac-, venid a mi casa.

- Tengo la prioridad -observó Laigle-, pero no tengo casa.

Courfeyrac subió al cabriolé.

- Cochero -dijo-, hostería de la Puetta SaintJacques.

Y esa misma tarde, Marius se instaló en un cuarto de la hostería de la Puerta Saint Jacques al lado de Courfeyrac.

Capítulo 3

El asombro de Marius

En pocos días se hizo Marius amigo de Courfeyrac. La juventud es la estación de las soldaduras rápidas y de las cicatrices leves. Marius, al lado de Courfeyrac, respiraba libremente, cosa que era bastante nueva para él. Courfeyrac no le hizo ninguna pregunta, ni pensó siquiera en hacerla. A esa edad, las fisonomías lo dicen todo en seguida y la palabra es inútil. Hay jóvenes que tienen rostros abiertos. Se miran y se conocen.

Sin embargo, una mañana Courfeyrac le hizo bruscamente esta pregunta:

- A propósito, ¿tenéis opinión política?
- ¡Vaya! -dijo Marius, casi ofendido de la pregunta.
- ¿Qué sois?
- Demócrata bonapartista.
- Matiz gris de ratón confiado -dijo Courfeyrac.

Al día siguiente, Courfeyrac llevó a Marius al Café Musain y le dijo al oído sonriéndose:

- Es preciso que os dé vuestra entrada a la revolución.

Lo condujo a la sala de los amigos del ABC, y lo presentó a los demás compañeros, diciendo sólo estas palabras, que Marius no comprendió:

- Un discípulo.

Marius había caído en un avispero de talentos, pero, aunque silencioso y grave, no era su inteligencia la menos ágil, ni la menos dotada.

Hasta entonces solitario y aficionado al monólogo y al aparte, por costumbre y por gusto, se quedó como asustado ante esa bandada de pájaros. El vaivén tumultuoso de aquellos ingenios libres y laboriosos confundía sus ideas.

Oía hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religión, de una manera inaudita. Vislumbraba aspectos

extraños, y como no los ponía en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Al abandonar las opiniones de su abuelo por las de su padre, creyó adquirir ideas claras; pero ahora sospechaba con inquietud que no las tenía. El prisma por el cual lo veía todo empezaba de nuevo a desplazarse.

Parecía que para aquellos jóvenes no había "cosas sagradas". Marius escuchaba, sobre todo, un idioma nuevo y singular, molesto para su alma, aún muy tímida. Ninguno de ellos decía nunca "el emperador", todos hablaban de Bonaparte. Marius estaba asombrado.

El choque entre mentalidades jóvenes ofrece la particularidad admirable de que no se puede nunca prever la chispa, ni adivinar el relámpago. ¿Qué va a brotar en un momento dado? Nadie lo sabe. La carcajada parte de la ternura; la seriedad sale de un momento de burla. Los impulsos provienen de la primera palabra que se oye. La vena de cada uno es soberana. Un chiste basta para abrir la puerta de lo inesperado. Estas conversaciones son entretenimientos de bruscos cambios, en que la perspectiva varía súbitamente. La casualidad es el maquinista de estas discusiones.

Así, una idea importante, que surgió caprichosamente de entre un juego de palabras, atravesó esta conversación en que se tiroteaban confusamente Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Laigle, Combeferre y Courfeyrac. En medio de la gritería Laigle gritó algo que terminó por esta fecha: 18 de junio de 1815, Waterloo. Al oírla, Marius; sentado a una mesa, principió a mirar fijamente al auditorio.

- Pardiez -exclamó Courfeyrac-, esa cifra 18 es extraña, y me conmueve. Es la cifra fatal de Bonaparte, y la de Luis y la de brumario. Ahí tenéis todo el destino del hombre, con esa particularidad de que el fin le pisa los talones al comienzo.

Enjolras, que hasta entonces había permanecido, mudo, dijo:

- Quieres decir, la expiación al crimen.

Esta palabra, crimen, pasaba el límite de lo que Marius podía aceptar, ya bastante emocionado con la alusión a Waterloo. Se levantó y fue lentamente hacia el mapa de Francia que había en la pared, en cuya parte inferior se veía una isla en un cuadrado separado, y puso el dedo en este recuadro, diciendo:

- Córcega; isla pequeña que ha hecho grande a Francia.

Estas palabras fueron como un soplo de aire helado. Se notaba que algo estaba por comenzar. Enjolras, cuyos ojos azules parecían contemplar el vacío, respondió sin mirar a Marius:

- Francia no necesita ninguna Córcega para ser grande. Francia es grande porque es Francia.

Marius no experimentó deseo alguno de retroceder. Se volvió hacia Enjolras y dejó oír en su voz una vibración que provenía del estremecimiento de su corazón:

- No permita Dios que yo pretenda disminuir a Francia. Pero no la disminuye el unirla a Napoleón. Hablemos de esto. Yo soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que no me asustáis. Hablemos del emperador. Os oigo decir Bonaparte, como los realistas; os advierto que mi abuelo va más lejos, dice Bonaparte. Os creía jóvenes. ¿En qué ponéis vuestro entusiasmo? ¿Qué hacéis? ¿Qué admiráis si no admiráis al emperador? ¿Qué más necesitáis? Si no consideráis grande a éste, ¿qué grandes hombres queréis? Napoleón lo tenía todo. Era un ser completo. Su cerebro era el cubo de las facultades humanas. Hacía la historia y la escribía. De pronto, Europa se asustaba y escuchaba; los ejércitos se ponían en marcha; había gritos, trompetas, temblor de tronos; oscilaban las fronteras de los reinos en el mapa; se oía el ruido de una espada sobrehumana que salía de la vaina; se le veía elevarse sobre el horizonte con una llama en la mano, y el resplandor en los ojos, desplegando en medio del rayo sus dos alas, es decir, el gran ejército y la guardia veterana. □Era el arcángel de la guerra!

Todos callaban. Marius, casi sin tomar aliento, continuó con entusiasmo creciente:

- Seamos justos, amigos. □Qué brillante destino de un pueblo ser el imperio de semejante emperador, cuando el pueblo es Francia, y asocia su genio al genio del gran hombre! Aparecer y reinar, marchar y triunfar, tener por etapas todas las capitales, hacer reyes de los granaderos, decretar caídas de dinastías, transfigurar a Europa a paso de carga; vencer, dominar, fulminar, ser en medio de Europa un pueblo dorado a fuerza de gloria; tocar a través de la historia una marcha de titanes; conquistar el mundo dos veces, por conquista y por deslumbramiento, esto es sublime. ¿Qué hay más grande?

- Ser libre -dijo Combeferre.

Marius bajó la cabeza; esta sola palabra, sencilla y fría, atravesó como una hoja de acero su épica efusión, y sintió que ésta se desvanecía en él. Cuando levantó la vista, Combeferre no estaba allí; satisfecho, probablemente, de su réplica, había partido y todos, excepto Enjolras, le habían seguido. La sala estaba vacía.

Marius se preparaba para traducir en silogismos dirigidos a Enjolras lo que quedaba dentro de él, cuando se escuchó la voz de Combeferre que cantaba al alejarse:

*Si Cesar me hubiera dado la gloria y la guerra
Pero tuviera yo que abandonar el amor de mi madre,
Le diría yo al gran Cesar- toma tu cetro y tu carro,
Amo más a mi madre, amo más a mi madre.*

- Ciudadano -dijo Enjolras, poniendo una mano en el hombro de Marius-, mi madre es la República.

Capítulo 4

Ensanchando el horizonte

Lo ocurrido en aquella reunión produjo en Marius una conmoción profunda, y una oscuridad triste en su alma. ¿Debía abandonar una fe cuando acababa de adquirirla? Se dijo que no, se aseguró que no debía dudar; pero, a pesar suyo, dudaba.

Temía, después de haber dado tantos pasos que lo habían aproximado a su padre, dar otros nuevos que lo alejaran de él. Ya no estaba de acuerdo ni con su abuelo, ni con sus amigos; era temerario para el uno, retrógrado para los otros. Dejó de ir al Café Musain.

Esta turbación de su conciencia no le permitía pensar en algunos pormenores bastante serios de la vida; pero una mañana entró en su cuarto el dueño de la hostería y le dijo:

- El señor Courfeyrac ha respondido por vos.
- Sí.
- Pero necesito dinero.
- Decid al señor Courfeyrac que venga, que tengo que hablarle -dijo Marius.

Fue Courfeyrac y los dejó el hotelero. Marius le dijo que lo que no había pensado aún decirle era que estaba solo en el mundo y no tenía parientes.

- ¿Y qué vais a hacer? -dijo Courfeyrac.
- No lo sé -respondió Marius.
- ¿Tenéis dinero?
- Quince francos.
- ¿Queréis que os preste?
- No, jamás.
- ¿Tenéis ropa?
- Esta que veis.
- ¿Tenéis joyas?
- Un reloj.

- ¿De plata?
 - De oro.
 - Yo sé de un prendero que os comprará vuestro abrigo y un pantalón.
 - Bueno.
 - No tendréis ya más que un pantalón, un chaleco, un sombrero y un traje.
 - Y las botas.
 - ¡Qué! ¿No iréis con los pies descalzos? ¡Qué opulencia!
 - Tendré bastante.
 - Sé de un relojero que os comprará el reloj.
 - Bueno.
 - No, no es bueno. ¿Qué haréis después?
 - Lo que sea preciso. A lo menos, todo lo que sea honrado.
 - ¿Sabéis inglés?
 - No.
 - ¿Sabéis alemán?
 - No.
 - Una lástima.
 - ¿Por qué?
 - Porque un librero amigo mío está publicando una especie de enciclopedia, para la cual podríais traducir artículos alemanes o ingleses. Se paga mal, pero se vive.
 - Aprenderé el inglés y el alemán.
 - ¿Y mientras tanto?
 - Comeré mi ropa y mi reloj.
- Llamaron al prendero, y compró la ropa en veinte francos. Fueron a casa del relojero y vendieron el reloj en cuarenta y cinco francos.
- No está mal -dijo Marius a Courfeyrac al regresar a la hostería- con mis quince francos tengo ochenta.
 - ¿Y la cuenta del hotel?
 - Es verdad, la olvidaba -dijo Marius.
- El hotelero presentó la cuenta, y hubo que pagarla en seguida. Eran setenta francos.
- Me quedan diez francos -dijo Marius.
 - ¡Malo! -dijo Courfeyrac-; gastaréis cinco francos en comer mientras aprendéis inglés, y cinco francos mientras aprendéis alemán. Será como tragar una lengua muy de prisa, o gastar cien sueldos muy lentamente.

Mientras tanto, la tía Gillenormand, que era bastante buena en el fondo, había logrado descubrir la morada de Marius.

Una mañana, cuando Marius volvía de la cátedra, se encontró con una carta de su tía y las "sesenta pistolas", es decir, seiscientos francos en oro dentro una cajita cerrada.

Marius devolvió el dinero a su tía con una respetuosa carta en que aseguraba que tenía medios para vivir, y que podía cubrir todas sus necesidades. En aquel momento le quedaban tres francos.

La tía no dijo nada al abuelo, para no enojarlo. Además, ¿no le había dicho que no le hablara nunca más de ese bebedor de sangre?

Marius abandonó el hotel de la Puerta SaintJacques, para no contraer más deudas.

Parte 5

Excelencia de la desgracia

Marius indigente

La vida empezó a ser muy dura para Marius. Comerse la ropa y el reloj no era nada. Comió también esa cosa horrible que se compone de días sin pan, noches sin sueño, tardes sin luz, chimenea sin fuego, semanas sin trabajo, porvenir sin esperanza, la levita rota en los codos, el sombrero viejo que hace reír a las jóvenes, la puerta que se encuentra cerrada de noche porque no se paga el alquiler, la insolencia del portero y del almacenero, la burla de los vecinos, las humillaciones, la aceptación de cualquier clase de trabajo; los disgustos, la amargura, el abatimiento. Marius aprendió a comer todo eso, y supo que a veces era lo único que tenía para comer.

En esos momentos de la existencia en que el hombre tiene necesidad de orgullo porque tiene necesidad de amor, sintió que se burlaban de él porque andaba mal vestido, y se sintió ridículo porque era pobre. A la edad en que la juventud inflama el corazón, con imperial altivez, bajó más de una vez los ojos a sus botas agujereadas, y conoció la injusta vergüenza, el punzante pudor de la miseria. Prueba admirable y terrible, de la que los débiles salen infames, de la que los fuertes salen sublimes. La vida, el sufrimiento, la soledad, el abandono, la pobreza, son campos de batalla que tienen sus propios héroes; héroes oscuros, a veces más grandes que los héroes ilustres.

Así se crean firmes y excepcionales naturalezas. La miseria, casi siempre madrastra, es a veces madre. La indigencia da a luz la fortaleza de alma; el desamparo alimenta la dignidad; la desgracia es la mejor leche para los generosos.

Hubo una época en la vida de Marius en que barría su miserable cuarto, en que compraba dos cuartos de queso, en que esperaba que cayera la oscuridad del crepúsculo para entrar en la panadería y comprar un pan que llevaba furtivamente a

su buhardilla como si lo hubiera robado. A veces se veía deslizarse en la carnicería de la esquina, entre parlanchinas cocineiras, a un joven de aspecto tímido y enojado, con unos libros bajo el brazo, que al entrar se quitaba el sombrero, dejando ver el sudor que coma de su frente; hacía un profundo saludo a la carnicera sorprendida, otro al criado de la carnicería, pedía una chuleta de carnero, la pagaba, la envolvía en un papel, la ponía debajo del brazo entre dos libros, y se iba. Era Marius. Con la chuleta, que cocía él mismo, vivía tres días. El primer día comía la carne, el segundo bebía el caldo, y el tercero roía el hueso. En varias ocasiones la tía Gillenormand le envió las sesenta pistolas. Marius se las devolvía siempre, diciendo que nada necesitaba.

Llegó un día en que no tuvo traje que ponerse. Courfeyrac, a quien había hecho algunos favores, le dio uno viejo. Marius lo hizo virar por treinta francos y le quedó como nuevo. Pero era verde, y Marius desde entonces no salió sino después de caer la noche, cuando el traje parecía negro. Quería vestirse siempre de luto por su padre, y se vestía con las sombras de la noche.

En medio de todo esto se recibió de abogado; dio parte a su abuelo en una carta fría, pero llena de sumisión y de respeto. El señor Gillenormand cogió la carta temblando, la leyó, y la tiró hecha cuatro pedazos al cesto. Dos o tres días después, la señorita Gillenormand oyó a su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, lo que le sucedía siempre que estaba muy agitado; oyó que el anciano decía:

- Si no fueses un imbécil, sabrías que no se puede ser a un tiempo barón y abogado.

Capítulo 2

Marius pobre

Con la miseria sucede lo que con todo: llega a hacerse posible; concluye por tomar una forma y ordenarse. Se vegeta, es decir se existe de una cierta manera mínima, pero suficiente para vivir.

Marius Pontmercy había arreglado así su existencia:

Había salido ya de la gran estrechura. A fuerza de trabajo, de valor, de perseverancia y de voluntad había conseguido ganar unos setecientos francos al año. Aprendió alemán e inglés y gracias a Courfeyrac, que lo puso en contacto con su amigo el librero, hacía prospectos, traducía de los periódicos, comentaba ediciones, compilaba biografías.

Marius vivía ahora en la casa Gorbeau, donde ocupaba un cuchitril sin chimenea, que llamaban estudio, donde no había más muebles que los indispensables. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos al mes a la portera por barrer y por subirle en la mañana un poco de agua caliente, un huevo fresco y un panecillo de a cinco céntimos.

Tenía siempre dos trajes completos; uno viejo para todos los días, y otro nuevo para las ocasiones; ambos eran negros. Sólo tenía tres camisas, una puesta, otra en la cómoda y la tercera en la casa de la lavandera.

Para llegar a esta situación floreciente le fueron necesarios algunos años muy difíciles y duros. Todo lo había padecido en materia de desamparo; todo lo había hecho excepto contraer deudas. Prefería no comer a pedir prestado, y así había pasado muchos días ayunando.

En todas sus pruebas se sentía animado, y aun algunas veces impulsado por una fuerza secreta que tenía dentro de sí. El alma ayuda al cuerpo, y en ciertos momentos le sirve de apoyo.

Al lado del nombre de su padre se había grabado otro nombre en su corazón, el de Thenardier. En su carácter entusiasta y serio, Marius rodeaba de una especie de aureola al hombre que, pensaba él, había salvado la vida de su padre en medio de la metralla de Waterloo. Lo que redoblaba su agradecimiento era la idea del infortunio en que sabía había caído el desaparecido Thenardier. Desde que supo de su ruina en Montfermeil, hizo esfuerzos inauditos durante tres años para encontrar sus huellas. Era la única deuda que le dejara su padre.

- [Cómo -pensaba-, si cuando mi padre yacía moribundo en el campo de batalla Thenardier supo encontrarlo en medio de la humareda y llevarlo en brazos entre las balas, yo, el hijo que tanto le debe, no puedo encontrarlo en la sombra donde agoniza y traerlo a mi vez de vuelta a la vida!

Encontrar a Thenardier, hacerle un favor cualquiera, decirle: "*No me conocéis. pero yo sí os conozco. [Aquí estoy, dispóned de mí!*", era el sueño más dulce y magnífico de Marius.

Capítulo 3

Marius hombre

En esta época tenía Marius veinte años, y hacía tres que había abandonado a su abuelo, sin tratar ni una sola vez de verlo. Además, ¿para qué se habían de ver? ¿para volver a discutir?

Pero Marius se equivocaba al juzgar el corazón del anciano. Creía que su abuelo no lo había querido nunca y que ese hombre duro y burlón, que juraba, gritaba, tronaba y levantaba el bastón, no había tenido para él más que ese afecto ligero y severo típico de las comedias de vaudeville. Marius se engañaba. Hay padres que no quieren a sus hijos, pero no hay un solo abuelo que no adore a su nieto.

En el fondo, ya hemos dicho, el señor Gillenormand idolatraba a Marius. Lo idolatraba a su manera, con acompañamiento de golpes. Mas, cuando desapareció el niño, experimentó un negro vacío en el corazón; exigió que no le hablasen más de él, lamentando en su interior ser tan bien obedecido.

En los primeros días esperó que el bonapartista, el jacobino, el terrorista, el septembrista, volviera; pero pasaron las semanas, pasaron los meses, pasaron los años, y con gran desesperación del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no volvió. Se preguntaba: Si volviera a pasar lo mismo, ¿volvería yo a obrar del mismo modo? Su orgullo respondía inmediatamente que sí; pero su encanecida cabeza, que sacudía en silencio, respondía tristemente que no. Le hacía falta Marius, y los viejos tienen tanta necesidad de afectos como de sol.

Mientras que el viejo padecía, Marius se aplaudía a sí mismo. Como a todos los buenos corazones, la desgracia lo había hecho perder la amargura. Sólo pensaba en el señor Gillenormand con dulzura; pero se había propuesto no recibir nada del hombre "*que había sido malo con su padre*". Por otra parte, estaba feliz de haber padecido, y de padecer aún, porque lo hacía

por su padre. Pensaba que la única manera de acercarse a él y de parecersele, era siendo muy valiente ante la pobreza como él lo fue ante el enemigo, y que a eso se refería su padre cuando escribió: "*Estoy cierto que mi hijo será digno.*"

Vivía muy solitario. A causa de su afición a permanecer extraño a todo, y también a causa de haberse asustado demasiado, no había entrado decididamente en el grupo presidido por Enjolras. Habían quedado como buenos camaradas, dispuestos a ayudarse mutuamente en lo que fuera.

Marius tenía dos amigos. Uno joven, Courfeyrac, y otro viejo, el señor Mabeuf; se inclinaba más al viejo, porque le debía, en primer lugar, la revolución que en su interior se había realizado, y en segundo lugar, por haber conocido y amado a su padre. "Me operó de la catarata", decía.

El señor Mabeuf había iluminado a Marius por casualidad y sin saberlo, como lo hace una vela que alguien trae a la oscuridad. El había sido la vela y no el alguien. En cuanto a la revolución política interior de Marius, el señor Mabeuf era absolutamente incapaz de comprenderla, de desearla y de dirigirla.

Capítulo 4

La pobreza es buena vecina de la miseria

A Marius le gustaba aquel anciano cándido que caía lentamente en una indigencia que lo asombraba sin entristecerlo todavía. Marius se encontraba con Courfeyrac y buscaba al señor Mabeuf, claro que sólo unas dos veces al mes a lo sumo.

Marius se inclinaba demasiado hacia la meditación y descuidaba el trabajo; pasaba días enteros dedicado a vagar y a soñar. Decidió hacer el mínimo posible de trabajo material para dejar mayor tiempo a la contemplación. Su máximo placer era hacer largos paseos por el Campo de Marte o por las avenidas menos frecuentadas del Luxemburgo. Los transeúntes lo miraban con sorpresa y desconfiaban de él por su aspecto. Pero era sólo un joven pobre que soñaba sin motivo alguno.

En uno de esos paseos descubrió el caserón Gorbeau, y su aislamiento y el bajo alquiler lo tentaron. Allí se instaló; lo conocían por el señor Marius.

Sus pasiones políticas se habían desvanecido; la revolución de 1830 las había calmado. A decir verdad, ahora no tenía opiniones, sino más bien simpatías. ¿De qué partido estaba? Del partido de la humanidad. Dentro de la humanidad, Francia; dentro de Francia elegía al pueblo; en el pueblo, elegía a la mujer.

Creía, y probablemente tenía razón, haber llegado a la verdad de la vida y de la filosofía humana, y había concluido por mirar sólo el cielo, la única cosa que la verdad puede ver del fondo de su pozo.

En medio de tales ensueños, cualquiera que mirara dentro del alma de Marius, habría quedado deslumbrado de su pureza.

Hacia mediados de este año 1831, la mujer que servía a Marius le contó que iban a echar a la calle a sus vecinos, la

miserable familia Jondrette. Marius, que pasaba casi todo el día fuera de casa, apenas sabía si tenía vecinos.

- ¿Y por qué les quitan la pieza?

- Porque no pagan el alquiler. Deben dos plazos.

- ¿Y cuánto es?

- Veinte francos.

Marius tenía treinta francos ahorrados en un cajón.

- Tomad -dijo a la vieja-, ahí tenéis veinticinco. Pagad por esa pobre gente, dadles cinco francos, y no digáis que lo hago yo.

Parte 6

Excelencia de la desgracia

Capítulo 1

El apodo: manera de formar nombres de familia

Por aquella época era Marius un joven de hermosas facciones, mediana estatura, cabellos muy espesos y negros, frente ancha e inteligente; tenía aspecto sincero y tranquilo, y sobre todo un no sé qué en el rostro que denotaba a la par altivez, reflexión e inocencia.

En el tiempo de su mayor miseria, observaba que las jóvenes se volvían a mirarle cuando pasaba, lo cual era causa de que huyera o se ocultara con la muerte en el alma. Creía que lo miraban por sus trajes viejos, y que se reían de ellos; el hecho es que lo miraban por buen mozo, y que más de una soñaba con él.

Aquella muda desavenencia entre él y las lindas muchachas que se le cruzaban lo habían hecho huraño. No eligió a ninguna por la sencilla razón de que huía de todas.

Courfeyrac le decía:

-Te voy a dar un consejo, amigo mío. No leas tantos libros y mira un poco más a las bellas palomitas. Esas picaronas valen la pena, Marius querido. Te vas a embrutecer de tanto huirles y de tanto ruborizarte.

Otros días, al encontrarse en la calle Courfeyrac lo saludaba diciendo:

-Buenos días, señor cura.

Sin embargo había en esta inmensa creación dos mujeres de las cuales Marius no huía: una era la vieja barbuda que barría su cuarto, y la otra una joven a la cual veía frecuentemente, pero sin mirarla.

Desde hacía más de un año, Marius observaba en una avenida arbolada del Luxemburgo a un hombre y a una niña, casi siempre sentados uno al lado del otro en el mismo banco, en el

extremo más solitario del paseo por el lado de la calle del Oeste.

Cada vez que la casualidad llevaba a Marius por esa avenida, y esto sucedía casi todos los días, hallaba allí a la misma pareja.

El hombre podría tener sesenta años; parecía triste; tenía el pelo muy blanco. Vestía abrigo y pantalón azules y un sombrero de ala ancha.

La primera vez que vio a la joven que lo acompañaba, era una muchacha de trece o catorce años, flaca, hasta el punto de ser casi fea, encogida, insignificante, y que tal vez prometía tener bastante buenos ojos. Tenía ese aspecto a la vez aviejado e infantil de las colegialas de un convento y vestía un traje negro y mal hecho. Parecían padre e hija.

Hablaban entre sí con aire apacible e indiferente. La joven charlaba sin cesar y alegremente; el viejo hablaba poco, pero fijaba en ella sus ojos, llenos de una inefable ternura paternal.

Marius se acostumbró a pasearse por aquella avenida todos los días durante el primer año. El hombre le agradaba, pero la muchacha le pareció un poco tosca y muy sin gracia. Courfeyrac, como la mayoría de los estudiantes que por allí se paseaban, también los había observado, pero como encontró fea a la niña, no los miró más. Pero le habían llamado la atención el vestido de la niña y los cabellos del anciano y los bautizó, a la joven como señorita Lanegra, y al padre como señor Blanco. Y así los llamaban todos.

Marius halló muy cómodos estos nombres para nombrar a los desconocidos. Seguiremos su ejemplo, y adoptaremos el nombre de señor Blanco para mayor facilidad de este relato.

En el segundo año sucedió que la costumbre de pasear por el Luxemburgo se interrumpió, sin que el mismo Marius supiera por qué, y estuvo cerca de seis meses sin poner los pies en aquel paseo. Por fin, un día volvió allá. Era una serena mañana de estío, y Marius estaba alegre como se suele estar cuando hace buen tiempo. Le parecía tener en el corazón el canto de todos los pájaros que escuchaba y todos los trozos de cielo azul que veía a través de las hojas de los árboles.

Fue directamente a su avenida, y divisó, siempre en el mismo banco, a la consabida pareja. Solamente que cuando se acercó vio que el hombre continuaba siendo el mismo, pero le pareció

que la joven no era la misma. La persona que ahora veía era una hermosa y esbelta criatura de unos quince a dieciséis años. Tenía cabellos castaños, matizados con reflejos de oro; una frente que parecía hecha de mármol; mejillas como pétalos de rosa; una boca de forma exquisita, de la cual brotaba la sonrisa como una luz y la palabra como una música. Y para que nada faltase a aquella figura encantadora, la nariz no era bella, era linda; ni recta, ni aguileña, ni italiana, ni griega; era la nariz parisiense, es decir, esa nariz graciosa, fina, irregular y pura que desespera a los pintores y encanta a los poetas. Cuando Marius pasó cerca de ella, no pudo ver sus ojos, que tenía constantemente bajos. Sólo vio sus largas pestañas de color castaño, llenas de sombra y de pudor.

Esto no impedía que la hermosa joven se sonriera escuchando al hombre de cabellos blancos que le hablaba; y nada tan encantador como aquella fresca sonrisa con los ojos bajos.

No era ya la colegiala con su sombrero anticuado, su traje de lana, sus zapatones y sus manos coloradas. El buen gusto se había desarrollado en ella a la par de la belleza. Era una señorita bien vestida, sencilla y elegante sin pretensión.

La segunda vez que Marius llegó cerca de ella, la joven alzó los párpados; sus ojos eran de un azul profundo. Miró a Marius con indiferencia. Marius, por su parte, continuó el paseo pensando en otra cosa.

Pasó todavía cuatro o cinco veces cerca del banco donde estaba la joven, pero sin mirarla.

Capítulo 2

Efecto de la primavera

Un día el aire estaba tibio y el Luxemburgo inundado de sombra y de sol; el cielo puro como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana; los pajarillos cantaban alegremente posados en el ramaje de los castaños. Marius había abierto toda su alma a la naturaleza; en nada pensaba, sólo vivía y respiraba. Pasó cerca del banco; la joven alzó los ojos, y sus miradas se encontraron.

¿Qué había esta vez en la mirada de la joven? Marius no hubiera podido decirlo. No había nada y lo había todo. Fue un relámpago extraño.

Ella bajó los ojos; él continuó su camino. Lo que acababa de ver no era la mirada ingenua y sencilla de un niño; era una sima misteriosa que se había entreabierto, y luego bruscamente cerrado.

Hay un día en que toda joven mira así. [Pobre del que se encuentra cerca! Esta primera mirada de un alma que no se conoce todavía es como el alba en el cielo. Es una especie de ternura indecisa que se revela al azar y que espera. Es una trampa que la inocencia arma sin saberlo, donde atrapa los corazones sin quererlo.

Por la tarde, al volver a su buhardilla, Marius fijó la vista en su traje, y notó por primera vez que era una estupidez inaudita irse a pasear al Luxemburgo con su tenida de todos los días, es decir, con un sombrero roto, con botas gruesas como las de un carretero, un pantalón negro que estaba blanquecino en las rodillas, y una levita negra que palidecía por los codos.

Al día siguiente, a la hora acostumbrada, Marius sacó del armario su traje nuevo, su sombrero nuevo y sus botas nuevas, y se fue al Luxemburgo.

En el camino se encontró con Courfeyrac, y se hizo el que no lo veía. Courfeyrac, al volver a su casa, dijo a sus amigos:

- Me acabo de cruzar con el sombrero nuevo y el traje nuevo de Marius, con Marius adentro. Iba sin duda a dar algún examen. ¡Tenía una cara de idiota!

Al desembocar en el paseo, Marius divisó al otro extremo al señor Blanco y a la joven, y se fue derecho al banco. A medida que se acercaba, iba acortando el paso. Llegado a cierta distancia del banco, se volvió en dirección opuesta a la que llevaba. La joven apenas pudo verlo de lejos y notar lo bien que se veía con su traje nuevo. En tanto, él caminaba muy derecho para tener buena figura, en el caso de que lo mirara alguien.

Llegó al extremo opuesto; después volvió, y se acercó un poco más al banco, y cruzó nuevamente por delante de la joven. Esta vez estaba muy pálido. Se alejó, y como aun volviéndole la espalda se figuraba que lo miraba, esta idea lo hacía tropezar.

Por primera vez en quince meses pensó que tal vez aquel señor que se sentaba allí todos los días con aquella joven habría reparado sin duda en él, y que le habría parecido extraña su asiduidad.

Ese día se olvidó de ir a comer. No se acostó sino después de haber cepillado su traje y de haberlo doblado con gran cuidado.

Así pasaron quince días. Marius iba al Luxemburgo, no para pasearse, sino para sentarse siempre en el mismo sitio y sin saber por qué, pues luego que llegaba allí, no se movía. Todas las mañanas se ponía su traje nuevo para no dejarse ver, y al día siguiente volvía a hacer lo mismo.

La señora Burgon, la portera-inquilina principal-sirvienta de casa Gorbeau, constataba, atónita, que Marius volvía a salir con su traje nuevo.

- ¡Tres días seguidos! -exclamó.

Trató de seguirlo, pero Marius caminaba a grandes zancadas. Lo perdió de vista a los dos minutos; volvió a la casa sofocada y furiosa.

Marius llegó al Luxemburgo. La joven y el anciano estaban allí.

Se acercó fingiendo leer un libro, pero volvió a alejarse rápidamente y se fue a sentar a su banco, donde pasó cuatro horas mirando corretear los gorriones.

Así pasaron quince días. Marius ya no iba al Luxemburgo a pasearse, sino a sentarse siempre en el mismo lugar, sin saber por qué. Una vez allí, ya no se movía más. Y todos los días se ponía el traje nuevo, para que nadie lo viera, y recomenzaba a la mañana siguiente.

La joven era de una hermosura realmente maravillosa.

Capítulo 3

Prisionero

Uno de los últimos días de la segunda semana, Marius se encontraba como de costumbre sentado en su banco, con un libro abierto en la mano. De súbito se estremeció.

El señor Blanco y su hija acababan de abandonar su banco y se dirigían lentamente hacia donde estaba Marius.

- ¿Qué vienen a hacer aquí? -se preguntaba angustiado Marius-. [Ella va a pasar frente a mí! [Sus pies van a pisar esta arena, a mi lado! ¿Me irá a hablar este señor?

Bajó la vista. Cuando la alzó, ya estaban a pocos pasos. Al pasar, la joven lo miró, fijamente, con una dulzura que lo hizo temblar de la cabeza a los pies. Le pareció que ella le reprochaba haber pasado tanto tiempo sin ir a verla, y que le decía: *Soy yo la que vengo.*

Marius sentía arder su cabeza. [Ella había ido hacia él, qué dicha! [Y cómo lo había mirado! Le pareció más hermosa que antes. La siguió con sus ojos hasta que se perdió de vista.

Salió del Luxemburgo con la esperanza de encontrarla en la calle.

En cambio se encontró con Courfeyrac que lo invitó a comer a un restaurante. Marius comió como un ogro. Se reía solo y hablaba fuerte. Estaba perdidamente enamorado.

Al día siguiente almorzó con sus amigos, que discutían como siempre de política.

Marius los interrumpió de pronto para gritar:

- Y sin embargo, es agradable tener la cruz.
- Esto sí que es raro -dijo Courfeyrac al oído de Prouvaire.
- No -repuso Prouvaire-, esto sí que es serio.

Era serio, en efecto. Marius estaba en esa primera hora violenta y encantadora en que comienzan las grandes pasiones.

Una mirada lo había hecho todo.

Capítulo 4

Aventuras de la letra U

El aislamiento, el desapego de todo, el orgullo, la independencia, el amor a la naturaleza, la falta de actividad cotidiana y material, la vida retraída, las luchas secretas de la castidad, y el éxtasis ante la creación entera, habían preparado a Marius a esta posesión que se llama la pasión. El culto que tributaba a su padre había llegado poco a poco a ser una religión, y como toda religión, se había retirado al fondo de su alma.

Faltaba algo en primer plano, y vino el amor.

Un largo mes pasó, durante el cual Marius fue todos los días al Luxemburgo. Llegada la hora, nada podía detenerlo.

- Está de servicio -decía Courfeyrac.

Marius vivía en éxtasis. Se había envalentonado finalmente y ya se acercaba al banco, pero no pasaba delante de él. Juzgaba prudente no llamar la atención del padre. A veces, durante horas se quedaba inmóvil apoyado en el pedestal de alguna estatua simulando leer y sus ojos iban en busca de la jovencita. Entonces ella, volvía con una vaga sonrisa su adorable perfil hacia él. Y conversando naturalmente con el hombre de cabellos blancos, posaba un segundo en Marius una mirada virginal y apasionada.

Es posible que a estas alturas el señor Blanco hubiera llegado al fin a notar algo, porque frecuentemente, al ver a Marius, se levantaba y se ponía a pasear. Había abandonado su sitio acostumbrado, y había escogido otro banco, como para ver si Marius lo seguiría allí. Marius no comprendió este juego, y cometió un error. El padre comenzó a no ser tan puntual como antes, y a no llevar todos los días a su hija al paseo. Algunas veces iba solo; entonces Marius se marchaba; otro error.

Una tarde, al anochecer, encontró en el banco que ellos acababan de abandonar un pañuelo sencillo y sin bordados, pero

blanco y que le pareció que exhalaba inefables perfumes. Se apoderó de él, radiante de dicha. Aquel pañuelo estaba marcado con las letras U. F. Marius no sabía nada de aquella hermosa joven, ni de su familia, ni su nombre, ni su casa. Aquellas dos letras eran la primera cosa concreta que tenía de ella; adorables iniciales sobre las que comenzó inmediatamente a hacerse conjeturas. U era evidentemente la inicial del nombre: "¡Ursula!", pensó; "¡qué delicioso nombre!". Besó el pañuelo, lo puso sobre su corazón durante el día, y por la noche bajo sus labios para dormirse.

- ¡Aspiro en él toda su alma! -exclamaba.

Pero el pañuelo era del anciano, que lo había dejado caer del bolsillo.

Los días que siguieron a este hallazgo, Marius se presentó en el Luxemburgo besando el pañuelo, o estrechándolo contra su corazón. La hermosa joven no comprendía nada de aquella pantomima, y así lo daba a entender por medio de señas imperceptibles.

- ¡Oh, qué pudor! -decía Marius.

Capítulo 5

Eclipse

Comiendo se abre el apetito, y en amor sucede lo que en la mesa. Saber que Ella se llamaba Ursula era mucho y era poco. Marius en tres o cuatro semanas devoró aquella felicidad; deseó otra, y quiso saber dónde vivía.

Cometió un tercer error: siguió a Ursula.

Vivía en la calle del Oeste, en el sitio menos frecuentado, en una casa nueva de tres pisos, de modesta apariencia. Desde aquel momento, Marius añadió a su dicha de verla en el Luxemburgo la de seguirla hasta su casa.

Su hambre aumentaba. Sabía dónde vivía, quiso saber quién era.

Una noche, después de seguir al padre y a la hija hasta su casa, entró al edificio y preguntó valientemente al portero:

- ¿Es el señor del piso principal el que acaba de entrar?

- No -contestó el portero-. Es el inquilino del tercero.

Había dado un paso; este triunfo alentó a Marius.

- ¿Quién es ese caballero? -preguntó.

- Un rentista. Es un hombre muy bondadoso, que ayuda a los necesitados, a pesar de que no es rico.

- ¿Cómo se llama? -insistió Marius.

El portero alzó la cabeza, y dijo:

- ¿Acaso sois polizante?

Marius se fue un poco mohíno, pero encantado. Progresaba.

Al día siguiente, el señor Blanco y su hija sólo dieron un pequeño paseo en el Luxemburgo; todavía era de día cuando se marcharon. Marius los siguió a la calle del Oeste como acostumbraba. Al llegar a la puerta, el señor Blanco hizo pasar primero a su hija; luego se detuvo antes de atravesar el umbral, se volvió y miró fijamente a Marius.

Al día siguiente no fueron al Luxemburgo, y Marius esperó en balde todo el día. Por la noche fue a la calle del Oeste y contempló las ventanas iluminadas.

Al día siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Marius esperó todo el día, y luego fue a ponerse de centinela bajo las ventanas.

Así pasaron ocho días. El señor Blanco y su hija no volvieron a aparecer por el Luxemburgo. Marius se contentaba con ir de noche a contemplar la claridad rojiza de los cristales. Veía de cuando en cuando pasar algunas sombras, y el corazón le latía con este espectáculo.

Al octavo día, cuando llegó bajo las ventanas, no había luz en éstas. Esperó hasta las diez, hasta las doce, hasta la una de la mañana; pero no se encendió ninguna luz. Se retiró muy triste.

Al anochecer siguiente volvió a la casa. El piso tercero estaba oscuro como boca de lobo.

Marius llamó a la puerta y dijo al portero:

- ¿El señor del piso tercero?

- Se mudó ayer -contestó el portero.

Marius vaciló, y dijo débilmente:

- ¿Dónde vive ahora?

- No lo sé.

- ¿No dejó su nueva dirección?

El portero reconoció a Marius.

- ¡Ah, usted de nuevo! ¡Entonces es decididamente un espía!

Parte 7

Patrón Minette

Capítulo 1

Las minas y los mineros

Las sociedades humanas tienen lo que en los teatros se llama un tercer subterráneo. El suelo social está todo minado, ya sea para el bien, ya sea para el mal. Existen las minas superiores y las minas inferiores.

Hay bajo la construcción social excavaciones de todas suertes. Hay una mina religiosa, una mina filosófica, una mina política, una mina económica, una mina revolucionaria. La escala descendiente es extraña. En la sombra comienza el mal. El orden social tiene sus mineros negros.

Por debajo de todas las minas, de todas las galerías, por debajo de todo el progreso y de la utopía, mucho más abajo y sin relación alguna con las etapas superiores, está la última etapa. Lugar formidable. Es lo que hemos llamado el tercer subterráneo. Es la fosa de las tinieblas. Es la cueva de los ciegos. Comunica con los abismos. Es la gran caverna del mal. Las siluetas feroces que rondan en esta fosa, casi bestias, casi fantasmas, no se interesan por el progreso universal, ignoran la idea y la palabra. Tienen dos madres, más bien dos madrastras, la ignorancia y la miseria; tienen un guía, la necesidad; tienen el apetito como forma de satisfacción. Son larvas brutalmente voraces, que pasan del sufrimiento al crimen. Lo que se arrastra en el tercer subterráneo social no es la filosofía que busca el absoluto; es la protesta de la materia. Aquí el hombre se convierte en dragón. Tener hambre, tener sed, es el punto de partida; ser Satanás es el punto de llegada.

Hemos visto en capítulos anteriores algunos compartimentos de la mina superior, de la gran zanja política, revolucionaria, filosófica, donde todo es noble, puro, digno, honrado.

Ahora miramos otras profundidades, las profundidades repugnantes.

Esta mina está por debajo de todas y las odia a todas. jamás su puñal ha tallado una pluma; jamás sus dedos que se crisan bajo este suelo asfixiante han hojeado un libro o un periódico. Esta mina tiene por finalidad la destrucción de todo.

No sólo socava en su hormiguelo horrendo el orden social, el derecho, la ciencia, el progreso. Socava la civilización. Esta mina se llama robo, prostitución, crimen, asesinato.

Vive en las tinieblas, y busca el caos. Su bóveda está hecha de ignorancia.

Todas las demás, las de arriba, tienen una sola meta: destruirla.

Destruid la caverna Ignorancia, y destruiréis al topo Crimen.

Capítulo 2

Babet, Gueulemer, Claquesous y Montparnasse

Estos son los nombres de los cuatro bandidos que gobernaron desde 1830 a 1835 el tercer subterráneo de París.

Gueulemer tenía por antro la cloaca de Arche Marion. Era inmenso de alto, musculoso, el torso de un coloso y el cráneo de un pajarillo. Era asesino por flojera y por estupidez.

Babet era flaco a inteligente. Había trabajado en las ferias, donde ponía este afiche: Babet, artista-dentista. Nunca supo qué fue de su mujer y de sus hijos. Los perdió como se pierde un pañuelo. Excepción a la regla, Babet leía los periódicos.

Claquesous era la noche; esperaba para salir que la noche estuviera muy negra. Salía por un agujero en la tarde, y entraba por el mismo agujero antes de que amaneciera. ¿Dónde? Nadie lo sabía. Era ventrílocuo.

Un ser lúgubre era Montparnasse. Muy joven, menos de veinte años, bello rostro, labios rojos, cabellos negros, la claridad de la primavera en sus ojos; tenía todos los vicios y aspiraba a todos los crímenes. Era gentil, afeminado, gracioso, robusto, feroz. Vivía de robar con violencia; quería ser elegante, y la primera elegancia es el ocio; el ocio de un pobre es el crimen. A los dieciocho años tenía ya muchos cadáveres tras él.

Estos cuatro hombres no eran cuatro hombres. Eran una especie de misterioso ladrón con cuatro cabezas que trabajaba en grande en París.

Gracias a sus relaciones, tenían la empresa de todas las emboscadas y "*trabajos*" de la ciudad. Todo el que quería ejecutar una idea criminal recurría a ellos.

Patron Minette es el nombre con que se conocía en las minas subterráneas la asociación de estos hombres. En la antigua lengua popular, Patron-Minette se llamaba a la mañana, así

como "*entre perro y lobo*" significaba la noche. El nombre venía seguramente de la hora en que terminaban su trabajo.

Entre los principales afiliados a Patron-Minette, se menciona a Brujon, Bigrenaille, Boulatruelle, Deux-milliards, etc.

Al terminar su faena, se separaban y se iban a dormir, algunos en los hornos de yeso, algunos en canteras abandonadas, otros en las cloacas. Se sepultaban.

¿Qué se necesita para hacer desaparecer esas larvas? Luz. Mucha luz. Ni un murciélago resiste la luz del alba. Hay que empezar por iluminar la sociedad de arriba.

Parte 8

El mal pobre

Capítulo 1

Hallazgo

Pasó el verano y después el otoño; y llegó el invierno. Ni el señor Blanco ni la joven habían vuelto a poner los pies en el Luxemburgo. Marius no tenía más que un pensamiento, volver a ver aquel dulce y adorable rostro, y lo buscaba sin cesar y en todas partes; pero no hallaba nada. No era ya el soñador entusiasta, el hombre resuelto, ardiente y firme, el arriesgado provocador del destino, el cerebro que engendra porvenir sobre porvenir con la imaginación llena de planes, de proyectos, de altivez, de ideas y de voluntad. Era un perro perdido. Había caído en una negra tristeza; todo había concluido para él.

El trabajo le repugnaba, el paseo lo cansaba, la soledad lo fastidiaba; la Naturaleza se presentaba ahora vacía ante sus ojos. Le parecía que todo había desaparecido.

Un día de aquel invierno, Marius acababa de salir de su pieza en casa Gorbeau y caminaba lentamente por la calle, pensativo y con la cabeza baja.

De repente sintió un empujón en la bruma; se volvió, y vio dos jóvenes cubiertas de harapos -una alta y delgada, la otra más pequeña-, que pasaban rápidamente frente a él, sofocadas, asustadas, y como huyendo. No lo vieron y lo rozaron al pasar.

Marius distinguió en el crepúsculo sus caras lívidas, sus cabezas despeinadas, sus vestidos rotos y sus pies descalzos. Sin dejar de correr, iban hablando.

La mayor decía en voz baja:

- ¡Llegaron los sabuesos, pero no pudieron pescarme!

La otra respondió:

- ¡Los vi y disparé a rajar!

Marius comprendió, a través de su jerga, que los policías habían tratado de prender a las muchachas, y ellas se habían escapado.

Se escondieron un rato entre los árboles y luego desaparecieron.

Marius iba ya a continuar su camino, cuando vio en el suelo a sus pies un paquetito gris, y lo recogió.

- Se les habrá caído a esas pobres muchachas -dijo.

Volvió atrás, pero no las encontró; creyó que estarían ya lejos; se metió el paquete en el bolsillo y se fue a comer.

Por la noche, cuando se desnudaba para acostarse, encontró en su bolsillo el paquete. Ya se había olvidado de él. Creyó que sería útil abrirlo, porque tal vez contuviera las señas de las jóvenes o de quien lo hubiera perdido.

El sobre contenía cuatro cartas, sin cerrar. Todas exhalaban un olor repugnante a tabaco.

La primera estaba dirigida a: "*Señora marquesa de Gruchera, plaza enfrente de la Cámara de Diputados*".

Marius se dijo que encontraría probablemente las indicaciones que buscaba en ella, y que además, no estando cerrada la carta, era probable que pudiese ser leída sin inconveniente.

Estaba concebida en estos términos:

"Señora marquesa:

La birtud de la clemencia y de la piedad es la que une más estrechamente la soziedad. Dad salida a buestros cristianos sentimientos, y dirigid una mirada de compación a este desgraciado español víctima de la lealtad y fidelidad a la causa sagrada de la legitimidad, que no duda que buestra honorable persona le concederá un socorro. Os saluda humildemente Alvarez, capitán español de caballería, realista refugiado en Francia, que está de biaje acia su patria, y carece de recursos para continuar su biaje".

No había señas del remitente.

La segunda carta, dirigida a la señora condesa de Montverdet, estaba firmada por la señora Balizard, madre de seis hijos.

Marius pasó a la tercera carta, que era, como las anteriores, una petición, y estaba firmada por Genflot, literato.

Marius abrió por fin la cuarta carta, dirigida al señor bienhechor de la iglesia de Saint jacques. Contenía las siguientes líneas:

"Hombre bienhechor:

Si os dignáis acompañar a mi hija, conozeréis una calamidad miserable, y os enseñaré mis certificados. Espero buestra

bisita o buestro socorro, si os dignáis darlo, y os ruego recibáis los saludos respetuosos de buestro muy humilde y muy obediente serbidor, Fabontou, artista dramático".

Después de haber leído estas cuatro cartas, no se quedó Marius mucho más enterado que antes.

En primer lugar, ningún firmante ponía las señas de su casa.

Además, parecía que provenían de cuatro individuos diferentes, pero tenían la particularidad de estar escritas por la misma mano, en el mismo papel grueso y amarillento, tenían el mismo olor a tabaco, y aunque en ellas se había tratado evidentemente de variar el estilo, las faltas de ortografía se repetían con increíble desenfado.

Marius las volvió al sobre, las tiró a un rincón, y se acostó.

A las siete de la mañana del día siguiente, acababa de levantarse y desayunarse a iba a ponerse a trabajar, cuando llamaron suavemente a la puerta.

Como no poseía nada, nunca quitaba la llave.

- Adelante -dijo.

Se abrió la puerta.

- Perdón, caballero...

Era una voz sorda, cascada, ahogada, áspera; una voz de viejo enronquecida por el aguardiente.

Marius se volvió con presteza, y vio a una joven.

Capítulo 2

Una rosa en la miseria

Ante él se encontraba una muchacha flaca, descolorida, descarnada; no tenía más que una mala camisa y un vestido sobre su helada y temblorosa desnudez; las manos rojas, la boca entreabierta y desfigurada, con algunos dientes de menos, los ojos sin brillo de mirada insolente, las formas abortadas de una joven, y la mirada de una vieja corrompida; cincuenta años mezclados con quince. Uno de esos seres que son a la vez débiles y horribles, y que hacen estremecer a aquellos a quienes no hacen llorar. Un resto de belleza moría en aquel rostro de dieciséis años.

Aquella cara no era absolutamente desconocida a Marius. Creía recordar haberla visto en alguna parte.

- ¿Qué queréis, señorita? -preguntó.

La joven contestó con su voz de presidiario borracho:

- Traigo una carta para vos, señor Marius.

Llamaba a Marius por su nombre, no podía dudar que era a él a quien se dirigía; pero, ¿quién era aquella muchacha? ¿Cómo sabía su nombre?

Le entregó una carta. Marius, al abrirla, observó que el lacre del sello estaba aún húmedo. El mensaje, pues, no podía venir de muy lejos. Leyó:

"Mi amable y joven becino:

He sabido vuestras bondades para conmigo, que habéis pagado mi alquiler hace seis meses. Os bendigo. Mi hija mayor os dirá que estamos sin un pedazo de pan hace dos días cuatro personas, y mi mujer enferma. Sí mi corazón no me engaña, creo deber esperar de la jenerosidad del buestro, que se umanizará a la bista de este espectáculo, y que os dará el deseo de serme propicio, dignándoos prodigarme algún socorro.

BUESTRO, JONDRETTE

P. D. Mi hija esperará vuestras órdenes, querido señor Marius".

Esta carta era como una luz en una cueva. Todo quedó para él iluminado de repente. Porque ésta venía de donde venían las otras cuatro. Era la misma letra, el mismo estilo, la misma ortografía, el mismo papel, el mismo olor a tabaco.

Había cinco misivas, cinco historias, cinco nombres, cinco firmas y un solo firmante. Todos eran Jondrette, si es que el mismo Jondrette se llamaba efectivamente de este modo.

Ahora veía todo claro. Comprendía que su vecino Jondrette tenía por industria, en su miseria, explotar la caridad de las personas benéficas, cuyas señas se proporcionaba; que escribía bajo nombres supuestos a personas que juzgaba ricas y caritativas, cartas que sus hijas llevaban. Marius comprendió que aquellas desgraciadas desempeñaban además no sé qué sombrías ocupaciones, y que de todo esto había resultado, en medio de la sociedad humana, tal como está formada, dos miserables seres que no eran ni niñas, ni muchachas, ni mujeres, especie de monstruos impuros o inocentes producidos por la miseria.

Sin embargo, mientras Marius fijaba en ella una mirada admirada y dolorosa, la joven iba y venía por la buhardilla con una audacia de espectro. Y como si estuviese sola, tarareaba canciones picarescas que en su voz gutural y ronca sonaban lúgubres. Bajo aquel velo de osadía, asomaba a veces cierto encogimiento, cierta inquietud y humillación. El descaro, en ocasiones, tiene vergüenza.

Marius estaba pensativo, y la dejaba hacer.

Se aproximó a la mesa.

- ¡Ah! -exclamó-, ¡tenéis libros! Yo también sé leer.

Y cogiendo vivamente el libro que estaba abierto sobre la mesa, leyó con bastante soltura: "... del castillo de Hougomont, que está en medio de la llanura de Waterloo... "

Aquí suspendió su lectura.

- ¡Ah! Waterloo; lo conozco. Es una batalla de hace tiempo. Mi padre sirvió en el ejército. Nosotros en casa somos muy bonapartistas. Waterloo fue contra los ingleses, yo sé.

Y dejó el libro, cogió una pluma, y exclamó:

- También sé escribir.

Mojó la pluma en el tintero. y se volvió hacia Marius:

- ¿Queréis ver? Mirad, voy a escribir algo para que veáis.

Y antes que Marius hubiera tenido tiempo de contestar, escribió sobre un pedazo de papel blanco que había sobre la mesa: *Los sabuesos están ahí.*

Luego, arrojando la pluma, añadió:

- No hay faltas de ortografía, podéis verlo. Mi hermana y yo hemos recibido educación.

Luego consideró a Marius, su rostro tomó un aire extraño, y dijo:

- ¿Sabéis, señor Marius, que sois un joven muy guapo?

Y al mismo tiempo se les ocurrió a ambos la misma idea, que a ella la hizo sonreír, y a él ruborizarse.

- Vos no habéis reparado en mí -añadió ella-, pero yo os conozco, señor Marius. Os suelo encontrar aquí en la escalera y os veo entrar algunas veces en casa del viejo Mabeuf. Os sienta bien ese pelo rizado.

- Señorita -dijo Marius con su fría gravedad-, tengo un paquete que creo os pertenece. Permitid que os lo devuelva...

Y le alargó el sobre que contenía las cuatro cartas. Palmoteó ella de contento y exclamó:

- Lo habíamos buscado por todas partes. ¿Luego erais vos con quien tropezamos al pasar ayer noche? No se veía nada. [Ah, ésta es la de ese viejo que va a misa! Y ya es la hora. Voy a llevársela. Tal vez nos dará algo con qué poder almorzar.

Esto hizo recordar a Marius lo que aquella desgraciada había ido a buscar a su casa. Registró su chaleco y no halló nada. La joven continuó su charla.

- A veces salgo por la noche. Otras no vuelvo a casa. Antes de vivir aquí, el otro invierno, vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos estrechábamos unos contra otros para no helarnos.

Marius, a fuerza de buscar y rebuscar en sus bolsillos, había conseguido reunir cinco francos y dieciséis sueldos. Era todo cuanto en el mundo tenía.

"Mi comida de hoy -pensó-; mañana ya veremos."

Y guardando los dieciséis sueldos, dio los cinco francos a la joven.

Esta cogió la moneda y hizo un profundo saludo a Marius.

- Buenos días, caballero -dijo-, voy a buscar a mi viejo.

Capítulo 3

La ventanilla de la providencia

Hacía cinco años que Marius vivía en la pobreza, en la desnudez, en la indigencia; pero entonces advirtió que aún no había conocido la verdadera miseria. La verdadera miseria era la que acababa de pasar ante sus ojos.

Marius hasta casi se acusó de los sueños de delirio y pasión que le habían impedido hasta aquel día dirigir una mirada a sus vecinos. Todos los días, a cada instante, a través de la pared, les oía andar, ir, venir, hablar, y no los escuchaba. Sentía que esas criaturas humanas, sus hermanos en Jesucristo, agonizaban inútilmente a su lado sin que él hiciera nada por ellos. Parecían, sin duda, muy depravados, muy corrompidos, muy envilecidos, hasta muy odiosos; pero son escasos los que han caído y no se han degradado. Además, ¿no es cuando la caída es más profunda que la caridad debe ser mayor?

Sin saber casi lo que hacía, examinaba la pared; de pronto se levantó: acababa de observar hacia lo alto, cerca del techo, un agujero triangular, resultado de tres listones que dejaban un hueco entre sí. Faltaba la mezcla que debía llenar aquel hueco, y subiendo sobre la cómoda, se podía ver por aquel agujero la buhardilla de los Jondrette. La conmiseración debe tener también su curiosidad. Aquel agujero formaba una especie de trampilla. Permitido es mirar el infortunio para socorrerlo.

- Veamos, pues, lo que son esa gente -se dijo Marius-, y lo que hacen.

Escaló la cómoda, y miró.

La fiera en su madriguera

Marius era pobre, y su cuarto era pobre; pero su pobreza era noble y su buhardilla era limpia. El tugurio en que su mirada se hundía en aquel momento era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso y sórdido. Por todo amoblado una silla de paja, una mesa coja, algunos viejos tiestos, y en dos rincones dos camastros indescriptibles. Por toda claridad, una ventanilla con cuatro vidrios, adornada de telarañas. Por aquel agujero entraba la luz suficiente para que una cara de hombre pareciera la faz de un fantasma.

Cerca de la mesa, sobre la cual Marius divisaba pluma, tinta y papel, estaba sentado un hombre de unos sesenta años, pequeño, flaco, pálido, huraño, de aire astuto, cruel e inquieto: un bribón repelente. Escribía, probablemente, alguna carta como las que Marius había leído.

Una mujer gorda, que lo mismo podría tener cuarenta años que ciento, estaba acurrucada cerca de la chimenea. Tampoco ella tenía más traje que una camisa y un vestido de punto, remendado con pedazos de paño viejo. Un delantal de gruesa tela ocultaba la mitad del vestido. Era una especie de gigante al lado de su marido.

En uno de los camastros, Marius entrevió a una muchacha larguirucha, sentada, casi desnuda, con los pies colgando; era la hermana menor, sin duda, de la que había estado en su cuarto. Tendría unos catorce años.

Marius, con el corazón oprimido, iba a bajarse de su observatorio, cuando un ruido atrajo su atención, y lo obligó a permanecer en el sitio que estaba.

La puerta del desván acababa de abrirse bruscamente. La hija mayor apareció en el umbral. Llevaba puestos gruesos zapatos de hombre, manchados de barro, y estaba cubierta con una

vieja manta hecha jirones, que Marius no le había visto una hora antes, pero que probablemente dejaría a la puerta para inspirarle más piedad, y que sin duda había recogido al salir. Entró, cerró la puerta tras sí, se detuvo para tomar aliento, porque estaba muy fatigada, y luego gritó con expresión de triunfo y de alegría:

- ¡Viene!

El padre volvió los ojos; la madre la cabeza; la chica no se movió.

- ¿Quién? -preguntó el padre.

- El viejo de la iglesia Saint Jacques.

- ¿Segura?

- Segura. Viene en un coche de alquiler.

- ¡En coche! ¡Es Rothschild!

El padre se levantó.

- ¿Con que estás segura? Pero si viene en coche, ¿cómo es que has llegado antes que él? ¿Le diste bien las señas? ¡Con tal que no se equivoque! ¿Qué ha dicho?

- Me ha dicho: "Dadme vuestras señas. Mi hija tiene que hacer algunas compras, tomaré un carruaje, y llegaré a vuestra casa al mismo tiempo que vos".

- ¿Y estás segura de que viene?

- Viene pisándome los talones.

El hombre se enderezó; había una especie de iluminación en su rostro.

- Mujer gritó-, ya lo oyes. Viene el filántropo. Apaga el fuego.

La madre estupefacta no se movió.

El padre, con la agilidad de un saltimbanqui, agarró un jarro todo abollado que había sobre la chimenea, y arrojó el agua sobre los tizones.

Luego dirigiéndose a su hija mayor:

- Quítale el asiento a la silla -añadió.

Su hija no comprendió.

Cogió la silla, y de un talonazo le quitó, o mejor dicho le rompió el asiento. Su pierna pasó por el agujero que había abierto.

Al retirarla, preguntó a la muchacha:

- ¿Hace frío?

- Mucho. Está nevando.

Se volvió él padre hacia la hija menor, y le gritó con voz tonante:

- ¡Pronto! Fuera de la cama, perezosa; nunca servirás para nada. Rompe un vidrio.

La niña se levantó tiritando.

- ¡Rompe un vidrio! -repitió él-. ¿No me oyes? Te digo que rompas un vidrio.

La niña, con una especie de obediente pavor, se alzó sobre la punta de los pies y pegó un puñetazo en uno de los vidrios, el cual se rompió y cayó con estrépito.

- ¡Bien! -dijo el padre.

Su mirada recorría rápidamente los rincones del desván. Se diría que era un general haciendo los últimos preparativos en el momento en que va a comenzar la batalla.

Mientras tanto se oyeron sollozos en un rincón.

- ¿Qué es eso? -preguntó el padre.

La hija menor, sin salir de la sombra en que se había guarecido, enseñó su puño ensangrentado. Al romper el vidrio se había herido; había ido a colocarse cerca del camastro de su madre, y allí lloraba silenciosamente.

La madre se levantó y gritó:

- ¡No haces más que tonterías! Al romper ese vidrio la niña se ha cortado la mano.

- ¡Tanto mejor! -dijo el hombre-. Es lo que quería.

- ¿Cómo tanto mejor? -replicó la mujer.

- ¡Calma! -replicó el padre-. Suprimo la libertad de prensa.

Y desgarrando la camisa de mujer que tenía puesta, sacó de ella una tira de tela, con la cual envolvió el puño ensangrentado de la niña.

Miró a su alrededor. Un viento helado silbaba al pasar por el vidrio quebrado.

- Todo tiene un aspecto magnífico -murmuró-. Ahora podemos recibir al filántropo.

Capítulo 5

El rayo de sol en la cueva

En ese momento dieron un ligero golpe a la puerta; el hombre se precipitó hacia ella, y la abrió, exclamando con profundos saludos y sonrisas de adoración:

- Entrad, señor, dignaos entrar, mi respetable bienhechor, así como vuestra encantadora hija.

Un hombre de edad madura y una joven aparecieron en la puerta del desván.

Marius no había dejado su puesto. Lo que sintió en aquel momento no puede expresarse en ninguna lengua humana. Era Ella.

Todo el que haya amado sabe las acepciones resplandecientes que contienen las cuatro letras de esta palabra: Ella.

Era ella, efectivamente. Marius apenas la distinguía a través del luminoso vapor que se había esparcido súbitamente sobre sus ojos. Era aquel dulce ser ausente, aquel astro que para él había lucido durante seis meses; era aquella pupila, aquella frente, aquella boca, aquel bello rostro desvanecido, que lo había dejado sumiso en la oscuridad al marcharse.

La visión se había eclipsado y reaparecía.

Reaparecía en aquel desván, en aquella cueva asquerosa, en aquel horror.

La acompañaba el señor Blanco.

Había dado algunos pasos en el cuarto, y había dejado un gran paquete sobre la mesa. La Jondrette mayor se había retirado detrás de la puerta, y miraba con ojos tristes el sombrero de terciopelo, el abrigo de seda y aquel encantador rostro feliz.

Capítulo 6

Jondrette casi llora

A tal punto estaba oscuro el tugurio, que las personas que venían de fuera experimentaban al entrar en él lo mismo que hubieran sentido al entrar en una cueva. Los dos recién llegados avanzaron con cierta vacilación, distinguiendo apenas formas vagas en torno suyo, en tanto que eran perfectamente vistos y examinados por los habitantes del desván, acostumbrados a aquel crepúsculo.

El señor Blanco se aproximó a Jondrette con su mirada bondadosa y triste, y dijo:

- Caballero, en este paquete hallaréis algunas prendas nuevas; medias y cobertores de lana.

- Nuestro angelical bienhechor nos abrumba -dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo.

Luego acercándose a su hija mayor mientras que los dos visitantes examinaban aquel lamentable interior, añadió en voz baja y hablando con rapidez:

- ¿No lo decía yo? Trapos, pero no dinero. Todos son iguales. A propósito, ¿cómo estaba firmada la carta para este viejo zopenco?

- Fabontou -respondió la hija.

Ah, el artista dramático.

A tiempo se acordó Jondrette, porque en aquel momento el señor Blanco se volvió hacia él y le dijo con ese titubeo de quien busca un nombre:

- Veo que sois muy digno de lástima, señor...

- Fabontou -respondió vivamente Jondrette.

- Señor Fabontou, sí, eso es. Ya lo recuerdo.

- Artista dramático, señor, que ha obtenido algunos triunfos.

Aquí Jondrette creyó evidentemente llegado el momento de apoderarse del filántropo. Exclamó, pues, con un acento que

mezclaba la charla del titiritero de las ferias y la humildad del mendigo en las carreteras:

- La fortuna me ha sonreído en otro tiempo, señor. Ahora ha llegado su turno a la desgracia; ya lo veis, mi bienhechor, no tengo ni pan ni fuego. □Mis pobres hijas no tienen fuego! □Mi única silla sin asiento! □Un vidrio roto! □Y con el tiempo que hace! □Mi esposa en la cama, enferma!

- □Pobre mujer! -dijo el señor Blanco.

- □Mi hija herida! -añadió Jondrette.

La muchacha, distraída con la llegada de los dos extraños, se había puesto a contemplar a la señorita y había dejado de llorar.

- □Llora, chilla! -le dijo por lo bajo Jondrette.

Y al mismo tiempo le pellizcó la mano herida, sin que nadie lo notara.

La niña lanzó un alarido.

La adorable joven que Marius llamaba en su corazón su Ursula se acercó a ella.

- □Pobrecita! -dijo.

- Ya lo veis, hermosa señorita -prosiguió Jondrette-; su puño está ensangrentado. Es un accidente que le ha sucedido trabajando en una industria mecánica para ganar seis centavos al día. Quizás habrá necesidad de cortarle el brazo.

- ¿De veras? -dijo el señor Blanco, alarmado.

La chica, tomando en serio estas palabras, comenzó a llorar con más fuerza.

- □Ah, sí, mi bienhechor! -respondió el padre.

Desde hacía algunos momentos, Jondrette contemplaba al visitante de un modo extraño. Mientras hablaba, parecía escudriñarlo con atención, como si tratara de buscar algo en sus recuerdos. De pronto, aprovechando el momento en que los visitantes preguntaban con interés a la niña sobre la herida de su mano, pasó cerca de su mujer, que seguía tirada en la cama, y le dijo vivamente y en voz baja:

- □Mira bien a ese hombre!

Luego continuó con sus lamentaciones:

- ¿Sabéis, mi digno señor, lo que va a pasar mañana? Mañana es el último plazo que me ha concedido mi casero. Si esta noche no le pago, mañana mi hija mayor, yo, mi esposa con su fiebre, mi hija menor con su herida, los cuatro seremos arrojados

de aquí y echados a la calle, en medio de la lluvia y de la nieve. Debo cuatro trimestres, es decir, [sesenta francos!

Jondrette mentía. Cuatro trimestres no hubieran hecho más que cuarenta francos, y no podía deber cuatro, puesto que no hacía seis meses que Marius había pagado dos.

El señor Blanco sacó cinco francos de su bolsillo, y los puso sobre la mesa. Jondrette tuvo tiempo de murmurar al oído de su hija mayor:

- ¡Tacaño! ¿Qué querrá que haga yo con cinco francos? Con eso no me paga ni la silla ni el vidrio.

- Señor Fabontou -dijo el señor Blanco-, no tengo aquí más que esos cinco francos; pero volveré esta noche. ¿No es esta noche cuando debéis pagar... ?

La cara de Jondrette se iluminó con una extraña expresión, y contestó con voz trémula:

- Sí, mi respetable bienhechor. A las ocho debo estar en casa del propietario.

- Vendré a las seis, y os traeré los sesenta francos.

- ¡Oh!, ¡mi bienhechor! -exclamó Jondrette delirante.

Y añadió por lo bajo:

- Míralo bien, mujer.

El señor Blanco había cogido el brazo de su hermosa hija, y se dirigía hacia la puerta.

- Hasta la noche, amigos míos -dijo.

En aquel momento la Jondrette mayor se fijó que el abrigo del visitante estaba sobre la silla.

- Señor -dijo-, olvidáis vuestro abrigo.

Jondrette dirigió a su hija una mirada furibunda.

- No lo olvido, lo dejo -contestó el señor Blanco sonriendo.

- ¡Oh, mi protector! ¡Mi augusto bienhechor! -dijo Jondrette-, voy a llorar a lágrima viva con tantas bondades. Permitid que os acompañe hasta vuestro carruaje.

- Si salís -dijo el señor Blanco-, poneos ese abrigo. En verdad hace mucho frío.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veces y los tres salieron del desván, Jondrette precediendo a los visitantes.

Capítulo 7

Ofertas de servicio de la miseria al dolor

Marius presenció toda la anterior escena, sin embargo nada vio. Sus ojos estuvieron todo el tiempo clavados en la joven.

Cuando se fueron, quedó sin saber qué hacer; no podía seguirlos porque andaban en carruaje. Además, si no habían partido aún y el señor Blanco lo veía, volvería a escapar y todo se habría perdido otra vez. Finalmente decidió arriesgarse y salió de la pieza.

Al llegar a la calle alcanzó a ver el coche que doblaba la esquina. Corrió hacia allá y lo vio tomar la calle Mouffetard.

Hizo parar un cabriolé para seguirlo, pero el cochero, al ver su aspecto, le cobró por adelantado y Marius no tenía suficiente dinero. ¶Por veinticuatro sueldos perdió su alegría, su dicha, su amor!

Al regresar divisó al otro lado de la calle a Jondrette hablando con un hombre de aspecto sumamente sospechoso. A pesar de su preocupación, Marius lo miró bien, pues le pareció reconocer en él a un tal Bigrenaille, asaltante nocturno que una vez le mostrara Courfeyrac en las calles del barrio.

Marius entró en su habitación e iba a cerrar la puerta, pero una mano impidió que lo hiciera.

- ¿Qué hay? -preguntó-, ¿quién está ahí?

Era la Jondrette mayor.

- ¿Sois vos? -dijo Marius casi con dureza-. ¿Otra vez vos? ¿Qué queréis ahora?

Ella se había quedado en la sombra del corredor; ya no tenía la seguridad que mostrara en la mañana. Levantó hacia él su mirada apagada, donde parecía encenderse vagamente una especie de claridad, y le dijo:

- Señor Marius, parecéis triste; ¿qué tenéis?

- ¶Yo! -exclamó Marius.

- Sí, vos.

- No tengo nada, dejadme en paz.

- No es verdad -dijo la muchacha-. Habéis sido bueno esta mañana, sedlo también ahora. Me habéis dado para comer; decidme ahora lo que tenéis. Tenéis pena, eso se ve a la legua. No quisiera que tuvierais pena ninguna. ¿Puedo servirlos en algo? No os pregunto vuestros secretos, no necesito que me los digáis; pero puedo ayudarlos, puesto que ayudo a mi padre. Cuando es menester llevar cartas, ir a las casas, preguntar de puerta en puerta, hallar unas señas, seguir a alguien, yo sirvo para hacer esas cosas. Dejadme ayudarlos.

Una idea atravesó por la imaginación de Marius. ¿Quién desdeña una rama cualquiera cuando se siente caer?

Se acercó a la Jondrette.

- Escucha -le dijo.

- Sí, sí, tuteadme -dijo ella con un relámpago de alegría en sus ojos.

- Pues bien -replicó Marius-, ¿tú trajiste aquí a ese caballero anciano con su hija?

- Sí.

- ¿Sabes dónde viven?

- No.

- Averígualo.

La mirada de la Jondrette de triste se había vuelto alegre, de alegre se tornó sombría.

- ¿Eso es lo que queréis? -preguntó.

- Sí.

- ¿Los conocéis acaso?

- No.

- Es decir -replicó vivamente-, no la conocéis, pero queréis conocerla.

Aquellos los que se habían convertido en la tenían un no sé qué de significativo y de amargo.

- ¿Puedes o no? -dijo Marius.

- Tendréis las señas de esa hermosa señorita.

Había en las palabras *hermosa señorita* un acento que importunó a Marius, el cual replicó:

- La dirección del padre y de la hija. Eso es lo que quiero...

La Jondrette lo miró fijamente.

- ¿Qué me daréis?

- Todo lo que quieras.
- ¿Todo lo que yo quiera?
- Si.
- Tendréis esas señas.

Bajó la cabeza; luego con un movimiento brusco tiró de la puerta y salió. Marius quedó solo.

Todo lo que había pasado desde la mañana, la aparición del ángel, su desaparición, lo que aquella muchacha acababa de decirle, un vislumbre de esperanza flotando en una inmensa desesperación, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto vio interrumpida violentamente su meditación.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette pronunciar estas palabras, que para él tenían el más grande interés.

- Te digo que estoy seguro y que lo he reconocido.

¿De quién hablaba Jondrette? ¿A quién había reconocido? ¿Al señor Blanco? ¿Al padre de su Ursula? ¿Acaso Jondrette los conocía? ¿Iba Marius a tener de aquel modo brusco e inesperado todas las informaciones, sin las cuales su vida era tan oscura? ¿Iba a saber, por fin, a quién amaba? ¿Quién era aquella joven? ¿Quién era su padre? ¿Estaba a punto de iluminarse la espesa sombra que los cubría? ¿Iba a romperse el velo? □Ah, santo cielo!

Saltó más bien que subió sobre la cómoda, y volvió a su puesto cerca del pequeño agujero del tabique.

Desde allí volvió a ver el interior de la cueva de Jondrette.

Capítulo 8

Uso de la moneda del señor Blanco

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, como no fuera la mujer y las hijas, que habían sacado la ropa del paquete y se habían puesto medias y camisetas de lana. Dos cobertores nuevos estaban tendidos sobre las camas.

Jondrette se paseaba por el desván, de un extremo a otro, a largos pasos, y sus ojos brillaban.

La mujer se atrevió a preguntarle:

- Pero, ¿estás seguro?

- ¡Seguro! Han pasado ya ocho años, pero ¡lo reconozco! ¡Oh, sí, lo reconozco! ¡Le reconocí en seguida! ¿Tú no?

- No.

- ¡Y, sin embargo, te dije que pusieras atención! Pero es su estatura, su cara, apenas un poco más viejo; es el mismo tono de voz. Mejor vestido, es la única diferencia. ¡Ah, viejo misterioso del diablo, ya te tengo!

Se paró, y dijo a sus hijas:

- Vosotras, salid de aquí.

Las hijas se levantaron para obedecer. La madre balbuceó:

- ¿Con su mano mala?

- El aire le sentará bien -dijo Jondrette-. Idos. Estaréis aquí las dos a las cinco en punto, os necesito.

Marius redobló su atención.

Jondrette, solo ya con su mujer, se puso a pasear nuevamente por el cuarto.

- ¿Quieres que te diga una cosa? -dijo-. La señorita... ¡es ella!

Marius no podía dudar, era de Ella de quien se hablaba. Escuchaba ansioso; toda su vida estaba en sus oídos, pero Jondrette bajó la voz.

- ¿Esa? -dijo la mujer.

- Esa -contestó el marido.

No hay palabra que pueda expresar lo que había en el *esa* de la madre. Eran la sorpresa, la rabia, el odio y la cólera mezclados y combinados en una monstruosa entonación. Habían bastado algunas palabras, el nombre sin duda que su marido le había dicho al oído, para que aquella gorda adormilada se despertara y de repulsiva se volviera siniestra.

- ¡Imposible! -exclamó-. Cuando pienso que mis hijas van con los pies descalzos, y que no tienen un vestido que ponerse. ¡Cómo! ¡Sombrero de terciopelo, chaqueta de raso, botas y todo! ¡Más de doscientos francos en trapos! ¡Cualquiera creería que es una señora! No, te engañas; en primer lugar, la otra era horrible, y ésta no es fea. ¡No puede ser ella!

- ¡Te digo que es ella!

Ante afirmación tan absoluta, la Jondrette alzó su ancha cara roja y rubia y miró al techo, desfigurada. En aquel momento le pareció a Marius más temible aún que su marido. Era una cerda con la mirada de un tigre.

- ¿Dices que esa horrenda hermosa señorita que miraba a mis hijas con cara de piedad sería aquella pordiosera? ¡Ah, quisiera destriparla a zapatazos!

Saltó del lecho, resoplando, con la boca entreabierta y los puños crispados. Después se dejó caer nuevamente en el jergón. El hombre continuaba su paseo por el cuarto.

- ¿Quieres que te diga una cosa? -dijo parándose delante de ella con los brazos cruzados.

- ¿Qué?

- Mi fortuna está hecha.

La mujer lo miró como si estuviera volviéndose loco.

- ¡Estoy harto! Basta ya de pasar la vida muerto de hambre y de frío. ¡Me aburrió la miseria! Quiero comer hasta hartarme, beber hasta que se me quite la sed, dormir, no hacer nada, ¡quiero ser millonario! Escucha.

Bajó la voz, pero no tanto que Marius no pudiera oírle.

- Escúchame bien. Lo tengo agarrado al ricachón ese. Está todo arreglado; ya hablé con unos amigos. Vendrá a las seis a traer sus sesenta francos, el muy avaro; a esa hora el vecino se habrá ido a cenar y no vuelve nunca antes de las once, y la Burgon sale hoy de la casa. Las niñas estarán al acecho y tú nos ayudarás. Tendrá que resolverse a hacer lo que yo quiero.

- ¿Y si no se resuelve? -preguntó la mujer.

Jondrette hizo un gesto siniestro, y dijo:

- Nosotros lo obligaremos a resolverse.

Y soltó una carcajada.

Era la primera vez que Marius lo veía reír. Aquella risa era fría y suave, y hacía estremecer. Jondrette abrió un armario que estaba cerca de la chimenea y sacó de él una gorra vieja, que se puso después de haberla limpiado con la manga.

- Ahora -dijo- voy a salir; tengo aún que ver a algunos amigos, de los buenos. Ya verás cómo esto marcha. Estaré fuera el menor tiempo posible. ¡Es un buen golpe el que vamos a dar! Ha sido una suerte que no me reconociera. ¡Mi romántica barba nos ha salvado!

Y se echó a reír de nuevo. Después se acercó a la ventana. Continuaba nevando, y el cielo estaba gris.

- ¡Qué tiempo de perros! -exclamó. Y se puso el abrigo-. Me queda enorme, pero qué importa. Hizo bien, el viejo canalla, en dejármelo, porque sin él no habría podido salir bajo la nieve y el golpe habría fracasado. ¡Mira las cosas de la vida!

Antes de salir se volvió nuevamente hacia su mujer y le dijo:

- Me olvidaba decirte que tengas preparado un brasero con carbón.

Y arrojó a su mujer el napoleón que le había dejado el filántropo, como lo llamaba él.

- Compraré el carbón y algo para comer -dijo la mujer.

- No vayas a gastar ese dinero, tengo otras cosas que comprar todavía.

- Pero, ¿cuánto te hace falta para eso que necesitas comprar?

- Unos tres francos.

- No quedará gran cosa para la comida.

- Hoy no se trata de comer; hoy hay algo mejor que hacer.

Jondrette cerró la puerta, y Marius oyó sus pasos alejarse por el corredor del caserón y bajar rápidamente la escalera. En ese instante daban la una en la iglesia de San Medardo.

Capítulo 9

Un policía da dos puñetazos a un abogado

Por más soñador que fuese Marius, ya hemos dicho que era de naturaleza firme y enérgica. Los hábitos de recogimiento habían disminuido tal vez su facultad de irritarse, pero habían dejado intacta la facultad de indignarse. Se apiadaba de un sapo, pero aplastaba a una víbora. Ahora su mirada había penetrado en un agujero de víboras; era un nido de monstruos el que tenía en su presencia.

- ¡Es preciso aplastar a esos miserables! -dijo.

Se bajó de la cómoda lo más suavemente que pudo.

En su espanto por lo que se preparaba, y en el horror que los Jondrette le causaban, sentía una especie de alegría con la idea de que le sería dado prestar un gran servicio a la que amaba. Pero, ¿qué hacer? ¿Advertir a las personas amenazadas? ¿Dónde encontrarlas? No sabía sus señas. ¿Esperar al señor Blanco a la puerta a las seis, al momento de llegar, y prevenirle del lazo? Pero Jondrette y su gente lo verían espiar. Era la una; la emboscada no debía verificarse hasta las seis. Marius tenía cinco horas por delante.

No había más que una cosa que hacer.

Se puso su traje presentable y salió, sin hacer más ruido que si hubiese caminado sobre musgo y descalzo. Caminaba lentamente, pensativo; la nieve amortiguaba el ruido de sus pasos. De pronto oyó voces que hablaban muy cerca de él, por encima de una pared que bordeaba la calle. Se asomó.

Había allí, en efecto, dos hombres apoyados en la pared, sentados en la nieve, y hablando bajo. Uno tenía los cabellos muy largos y el otro llevaba barba. El cabelludo empujaba al otro con el codo, y le decía:

- Con el Patrón-Minette la cosa no puede fallar.

- ¿Tú crees? -dijo el barbudo.

- Será un grande de quinientos francos de un paraguazo para cada uno, y lo peor que nos puede pasar, serían cinco, o seis, o diez años a lo más.

- Eso sí que es algo real y no hay que ir a rebuscarlo.

- Te digo que el negocio no puede fallar. Sólo hay que enganchar al fulano.

Luego se pusieron a hablar de un melodrama que habían visto la víspera en el teatro de la Gaîté.

Marius continuó su camino.

Al llegar al número 14 de la calle Pontoise, subió al piso principal, y preguntó por el comisario de policía.

- El señor comisario de policía no está -contestó un ordenanza de la oficina-, pero hay un inspector que lo reemplaza. ¿Queréis hablar con él? ¿Es cosa urgente?

- Sí -dijo Marius.

El ordenanza lo introdujo en el gabinete del comisario. Un hombre de alta estatura estaba allí de pie, detrás de un enrejado, junto a una estufa. Tenía cara cuadrada, boca pequeña y firme, espesas patillas entrecanas, muy erizadas, y una mirada capaz de registrar hasta el fondo de los bolsillos.

Aquel hombre tenía un semblante no menos feroz y no menos temible que Jondrette; algunas veces causa tanta inquietud un encuentro con un perro de presa como con un lobo.

- ¿Qué queréis?

- Ver al comisario de policía.

- Está ausente, yo lo reemplazo.

- Es para un asunto muy secreto.

- Hablad.

- Y muy urgente.

- Entonces, hablad rápido.

Marius relató los sucesos. Al mencionar la entrevista de Jondrette con Bigrenaille, el policía asintió con la cabeza. Cuando Marius dio la dirección, el inspector levantó la cabeza y dijo fríamente:

- ¿Es, pues, en el cuarto del extremo del corredor?

- Precisamente -dijo Marius, y añadió-: ¿Por ventura conocéis la casa?

El inspector permaneció un momento silencioso; luego contestó, calentándose el tacón de la bota en la puertecilla de la estufa:

- Así parece.

Y continuó entre dientes, hablando, más que a Marius, a su corbata.

- Por ahí debe de andar el Patrón-Minette.

Esta palabra llamó la atención de Marius.

- [El Patrón-Minette! -dijo-; en efecto, he oído pronunciar esta palabra.

Y refirió al inspector el diálogo que tenían el hombre cabelludo y el hombre barbudo en la nieve, detrás de la tapia.

- El peludo debe ser Brujon y el barbudo Demiliard, llamado Deux-Milliards.

El inspector volvió a guardar silencio; luego dijo:

- Número 50-52; conozco ese caserón. Imposible que nos ocultemos en el interior sin que los artistas lo noten, y entonces saldrían del paso con dejar ese vaudeville para otro día. Nada, nada. Quiero oírlos cantar y hacerlos bailar.

Terminando este monólogo, se volvió hacia Marius, y le dijo, mirándolo fijamente:

- Los inquilinos de esa casa tienen llaves para entrar por la noche en sus cuartos. Vos debéis tener una.

- Si -dijo Marius.

- ¿La lleváis por casualidad?

- Sí.

- Dádmela -dijo el inspector.

Marius sacó su llave del bolsillo, se la dio al inspector y añadió:

- Si me queréis creer, haréis bien en ir acompañado.

El inspector dirigió a Marius la misma mirada que habría dirigido Voltaire a un académico de provincia que le hubiera aconsejado una rima. De los dos inmensos bolsillos de su abrigo sacó dos pequeñas pistolas de acero, de esas que llaman puñetazos, y se las pasó a Marius, diciéndole:

- Tomad esto. Volved a vuestra casa. Ocultaos en vuestro cuarto de modo que crean que habéis salido. Están cargados, cada uno con dos balas. Observaréis por el agujero en la pared. Esa gente llegará allá; dejadla obrar, y cuando juzguéis la cosa a punto, y que es tiempo de prenderlos, tiraréis un pistoletazo; no antes. Lo demás es cosa mía. Un tiro al aire, al techo, adonde se os antoje. Sobre todo, que no sea demasiado pronto.

Aguardad a que hayan principiado la ejecución. Vos sois abogado, y sabéis lo que esto quiere decir.

Marius cogió las pistolas y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

- A propósito -le dijo al salir el policía-, si tuvierais necesidad de mí, venid o mandadme recado; preguntaréis por el inspector Javert.

Capítulo 10

Utilización del Napoleón de Marius

Marius se dirigió con paso rápido al caserón pues la señora Burgon, cuando le tocaba salir, cerraba temprano la puerta, y como el inspector se había quedado con su llave, no podía retrasarse. La puerta estaba abierta todavía. Al pasar por el corredor, sin hacer el menor ruido, le pareció ver en una de las habitaciones desocupadas cuatro cabezas de hombres inmóviles.

Entró a su cuarto sin ser visto. Se sentó sobre su lecho y se sacó cuidadosamente las botas. Al poco rato sintió a la señora Burgon cerrar la puerta y marcharse.

Transcurrieron algunos minutos. Oyó abrirse la puerta de calle.

Escuchó pasos pesados y rápidos que subían la escala; era Jondrette que regresaba de hacer sus compras.

Pensó que había llegado el momento de volver a ocupar su puesto en su observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad de su juventud, se halló junto al agujero y miró.

Toda la cueva estaba iluminada por la reverberación de un brasero colocado en la chimenea, y lleno de carbón encendido. Dentro de él se calentaba al rojo vivo un enorme cincel con mango de madera, recién comprado por Jondrette esa tarde. En un rincón cerca de la puerta se veían dos montones, que parecían ser uno de objetos de hierro y otro de cuerdas.

La guarida de Jondrette estaba admirablemente bien elegida como escenario para llevar a cabo un hecho violento y para cubrir un crimen. Era la habitación más escondida de la casa más aislada de París.

- ¿Y? -dijo la mujer.

- Todo va viento en popa -respondió Jondrette-, pero tengo los pies congelados, y tengo hambre. Pero qué importa,

mañana iremos todos a comer fuera. [Comeréis como verdaderos Carlos Diez!

Y agregó bajando la voz:

- La ratonera está lista, los gatos esperan.

Se paseó por el cuarto, y luego continuó:

- ¿Aceitaste los goznes de la puerta para que no haga ruido?

- Sí -contestó la mujer.

- ¿Qué hora es?

- Falta poco para las seis.

- [Diablos! Las niñas tienen que ir a ponerse al acecho. ¿Se fue la Burgon?

- Sí.

- ¿Estás segura de que no hay nadie donde el vecino?

- No ha estado en todo el día.

- Mejor asegurarse. Hija, toma la vela y ve a su cuarto.

Marius se dejó caer sobre sus manos y rodillas y se arrastró silenciosamente bajo la cama. Apenas se había acurrucado allí, se abrió la puerta, una luz iluminó el cuarto y entró la hija mayor de Jondrette.

Se dirigió directamente hacia un espejo clavado a la pared cerca del lecho. Se empinó en la punta de los pies y se miró. Se alisó el pelo mientras canturreaba con su voz quebrada y sepulcral.

En tanto, Marius temblaba; le parecía imposible que ella no escuchara su respiración.

- ¿Qué pasa? -gritó el padre desde su buhardilla.

- Miro debajo de la cama y de los muebles -contestó ella mientras seguía peinándose-. No hay nadie.

- Entonces, vuelve de inmediato. [No perdamos más tiempo!

Ella salió, echando una última mirada al espejo.

Un momento después, Marius sintió los pasos de las dos niñas en el corredor y la voz de Jondrette que les gritaba:

- [Pongan mucha atención! Una junto al muro, la otra en la esquina del Petit-Banquier.

No pierdan de vista ni por un segundo la puerta de la casa, y la menor cosa que vean, las dos aquí corriendo. La mayor gruñó:

- [Pegarse el plantón a pie pelado en la nieve!

- Mañana tendrás botines de seda -dijo el padre.

No quedó en la casa nadie más que Marius y los Jondrette, y probablemente los hombres misteriosos que el joven entreviera en el cuarto vacío.

Jondrette había encendido su pipa y fumaba, sentado en la silla rota.

Si Marius hubiera tenido sentido del humor, como Courfeyrac, habría estallado en risas cuando su mirada descubrió a la Jondrette. Se había puesto un sombrero negro con plumas, un inmenso chal escocés sobre el vestido de lana, y los zapatos de hombre que antes usara su hija. Esta tenida hizo exclamar a Jondrette:

- ¡Estás muy bien vestida! Vas a inspirar confianza.

El, por su parte, no se había quitado el abrigo del señor Blanco.

De pronto Jondrette alzó la voz y dijo a su mujer:

- Con el tiempo que hace vendrá en coche. Enciende el farol, y baja con él. Quédate detrás de la puerta y ábrela en el momento en que oigas pararse el carruaje; luego lo alumbrarás por la escalera y el corredor; y mientras entra aquí, bajarás a todo escape, pagarás al cochero, y despedirás el carruaje.

- ¿Y el dinero? -preguntó la mujer.

Jondrette rebuscó en los bolsillos de su pantalón, y le entregó una moneda de cinco francos.

- ¿De dónde sacaste esto? -exclamó la mujer.

Jondrette respondió con dignidad:

- Es el monarca que dio el vecino esta mañana.

Y añadió:

- ¿Sabes que aquí hacen falta dos sillas?

- ¿Para qué?

- Para sentarse.

Marius sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento glacial al oír a la Jondrette dar esta respuesta:

- ¡Es cierto! Voy a buscar las del vecino.

Y con un movimiento rápido abrió la puerta del desván y salió al corredor. Marius no alcanzaba a bajar de la cómoda y ocultarse debajo de la cama.

- Lleva la vela -gritó Jondrette.

- No -dijo ella-, me estorbaría, y además hay luna.

Marius oyó la pesada mano de la Jondrette buscar a tientas en la oscuridad la llave. La puerta se abrió, y Marius, sobreco-gido de espanto, quedó clavado en su sitio.

La Jondrette no lo vio, cogió las dos sillas, únicas que Marius poseía, y se marchó, dejando que la puerta se cerrara de un golpe detrás de ella. Volvió a entrar en su cueva.

- Aquí están las dos sillas.

- Y aquí el farol -dijo el marido-. Baja pronto.

Obedeció, y Jondrette quedó solo.

Colocó las sillas a los dos lados de la mesa; dio vueltas al cin-cel en el brasero; puso delante de la chimenea un viejo biombo que lo ocultaba, y luego fue al rincón a examinar el montón de cuerdas. Marius se dio cuenta entonces de que lo que había to-mado por un montón informe era una escala de cuerda muy bien hecha, con travesaños de madera y dos garfios para colgarla.

Aquella escala y algunos gruesos instrumentos, verdaderas mazas de hierro que estaban entre un montón de herramientas detrás de la puerta, no se hallaban por la mañana en la cueva de los Jondrette, y evidentemente habían sido llevados allí aq-uella tarde durante la ausencia de Marius.

La chimenea y la mesa con las dos sillas estaban precisamen-te frente a Marius. Con el fuego tapado, la pieza estaba ilumi-nada solamente por la vela. Reinaba allí una calma terrible y amenazante; se sentía que todo estaba preparado a la espera de algo aterrador.

La pálida luz hacía resaltar los ángulos fieros y finos del ros-tro de Jondrette. Fruncía las cejas y hacía bruscos movimientos con la mano derecha como si contestara a los últimos consejos de un sombrío monólogo interno. En una de esas oscuras répli-cas que se daba a sí mismo, abrió bruscamente el cajón de la mesa, cogió de él un ancho cuchillo de cocina que allí ocultaba, y probó el filo sobre su uña. Hecho esto, volvió a colocar el cu-chillo en el cajón, y lo cerró.

Marius por su parte sacó la pistola que tenía en el bolsillo y la cargó.

Esto produjo un pequeño ruido claro y seco.

Jondrette se estremeció y se levantó de la silla.

- ¿Quién anda ahí? -gritó.

Marius contuvo la respiración. Jondrette escuchó un instante, luego se echó a reír, diciendo:

- ¡Qué estúpido soy! Es el tabique que cruje.

Capítulo 11

Las dos sillas de Marius frente a frente

De súbito, la lejana y melancólica vibración de una campana hizo temblar los vidrios. Daban las seis en Saint-Médard.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Cuando dio la sexta, despabiló la vela con los dedos. Después se puso a andar por el cuarto, escuchó en el corredor, se paseó y escuchó nuevamente.

- ¡Con tal que venga! -masculló.

Y se volvió a sentar.

Apenas se había sentado, se abrió la puerta.

La Jondrette la había abierto, y permanecía en el corredor, haciendo una horrible mueca amable, iluminada de abajo arriba por uno de los agujeros del farol.

- Entrad, mi bienhechor -dijo Jondrette, levantándose precipitadamente.

Apareció en la puerta el señor Blanco. Tenía una expresión de serenidad que lo hacía singularmente venerable. Puso sobre la mesa cuatro luses, y dijo:

- Señor Fabontou, aquí tenéis para el alquiler y para vuestras primeras necesidades. Después ya veremos.

- Dios os lo pague, mi generoso bienhechor -dijo Jondrette.

Y, acercándose rápidamente a su mujer, añadió:

- Despide el coche.

La mujer desapareció en tanto que el marido ofrecía una silla al señor Blanco, y poco después volvió a aparecer, y le dijo al oído:

- Ya está.

La nieve que había caído todo el día era tan espesa, que no se oyó al carruaje llegar ni marcharse. El señor Blanco se sentó y Jondrette se sentó frente a él. La escena era siniestra. El lector puede imaginar lo que era esa noche helada, la soledad de

las calles donde no pasaba un alma, el caserón Gorbeau casi en ruinas y sumido en el más profundo silencio de horror y de sombra, y en medio de esa sombra, el cuchitril de Jondrette iluminado sólo por una vela, donde dos hombres estaban sentados ante una mesa; el señor Blanco tranquilo, Jondrette sonriente y aterrador; la Jondrette, la madre loba, en un rincón; y detrás del tabique, Marius, invisible, de pie, sin perder una palabra ni un movimiento, al acecho, empuñando la pistola.

Marius sentía la emoción de aquel horror, pero no experimentaba ningún temor. "*Detendré a este miserable cuando quiera*", pensaba. Sabía que la policía estaba emboscada en los alrededores, esperando la señal convenida.

El señor Blanco volvió la vista hacia los dos camastros vacíos.

- ¿Cómo está la pobre niña herida? -preguntó.

- Mal -respondió Jondrette con una sonrisa de tristeza-, muy mal, mi digno señor. Su hermana mayor la ha llevado para que la curen.

- La señora Fabontou parece algo mejor que esta mañana.

- Está muriéndose, señor -repuso Jondrette-; pero, ¿qué queréis! es tan animosa esa mujer, que no es mujer, es un buey.

La Jondrette, halagada por el cumplido, exclamó con un melindre de fiera acariciada:

- ¡Ah, Jondrette! Eres demasiado bueno conmigo.

- ¡Jondrette! -exclamó el señor Blanco-; yo creía que os llamabais Fabontou.

- Fabontou alias Jondrette -replicó vivamente el marido-. Es un apodo de artista.

Y empezó a relatar las peripecias de su carrera teatral.

En ese momento Marius alzó los ojos y vio en el fondo del cuarto un bulto, que hasta entonces no había visto. Acababa de entrar un hombre sigilosamente. Se sentó en silencio y con los brazos cruzados sobre la cama más próxima, y como estaba detrás de la Jondrette, sólo se le distinguía confusamente. Tenía la cara tiznada de negro.

Esa especie de instinto magnético que advierte a la mirada hizo que el señor Blanco se volviese casi al mismo tiempo que Marius, y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

- ¿Quién es ese hombre? -preguntó.

- ¿Ese? -exclamó Jondrette-. Es un vecino, no le hagáis caso.

- Perdonad, ¿de qué me hablabais, señor Fabontou?

- Os decía, mi venerable protector -contestó Jondrette apoyando los codos en la mesa, y fijando en el señor Blanco una mirada tierna, semejante a la de la serpiente boa-, os decía que tenía un cuadro en venta.

Hizo la puerta un ligero ruido. Un hombre acababa de entrar y se sentó junto al otro. Tenía la cara tiznada con tinta a hollín, como el primero. Aun cuando aquel hombre, más bien que entrar, se deslizó por el cuarto, no pudo impedir que el señor Blanco lo viera.

- No os preocupéis -dijo Jondrette-, son personas de la casa. Decía, pues, que me quedaba un cuadro muy valioso. Vedlo, caballero, vedlo.

Se levantó, se dirigió a la pared contra la cual estaba apoyado un bastidor. Era, en efecto, una cosa que se parecía a un cuadro, iluminado apenas por la luz de la vela.

Marius no podía distinguir nada, porque Jondrette se había colocado entre el cuadro y él.

- ¿Qué es eso? -preguntó el señor Blanco.

Jondrette exclamó:

- ¡Una obra maestra! Un cuadro de gran precio, mi bienhechor; lo quiero tanto como a mis hijas; despierta en mí tantos recuerdos... , pero yo no me desdigo de lo dicho; estoy tan necesitado de dinero que me desharé de él...

Fuese casualidad, fuese que hubiera en él un principio de inquietud, al examinar el cuadro, el señor Blanco volvió la vista hacia el interior de la habitación. Había ahora cuatro hombres, tres sentados en la cama y uno en pie cerca de la puerta, todos con los rostros tiznados. Uno de los que estaban en la cama se apoyaba en la pared y tenía los ojos cerrados; se hubiera dicho que dormía. Era viejo, y su cara negra rodeada de cabellos blancos era horrible.

Jondrette observó que la mirada del señor Blanco se fijaba en esos hombres.

- Son amigos, vecinos -dijo-. Están tiznados porque trabajan con el carbón. Son deshollinadores. No hagáis caso de ellos, mi bienhechor; pero compradme mi cuadro. Compadeceos de mi miseria. No os lo venderé caro. A vuestro ver, ¿cuánto vale?

- Pero -dijo el señor Blanco, mirando a Jondrette con ceño y como hombre que se pone en guardia-, eso no es más que una muestra de taberna y valdrá unos tres francos.

Jondrette replicó con amabilidad:

- ¿Tenéis ahí vuestra cartera? Me contentaré con mil escudos.

El señor Blanco se levantó, apoyó la espalda en la pared y paseó rápidamente su mirada por el cuarto. Tenía a Jondrette a su izquierda, del lado de la ventana, y la Jondrette y los cuatro hombres a la derecha, por el lado de la puerta. Los cuatro hombres no pestañeaban, y ni siquiera parecían verle. Jondrette había comenzado de nuevo su arenga con acento tan plañidero, miradas tan vagas y entonación tan lastimera, que el señor Blanco podía creer muy bien que la miseria lo había vuelto loco.

- Si no me compráis el cuadro, mi querido bienhechor -decía Jondrette-, no tengo ya recursos para vivir y no me queda más que tirarme al río.

Al hablar, Jondrette no miraba al señor Blanco. La mirada del señor Blanco estaba fija en Jondrette y la de Jondrette en la puerta.

De repente su apagada pupila se iluminó con un horrible fulgor; se enderezó con el semblante descompuesto; dio un paso hacia el señor Blanco, y le gritó con voz tonante:

- ¿Me reconocéis?

Capítulo 12

La emboscada

La puerta del desván acababa de abrirse bruscamente para dar paso a tres hombres con camisas de tela azul, cubiertas las caras con máscaras de papel negro. El primero era flaco y portaba un largo garrote de hierro; el segundo, una especie de coloso, llevaba una maza para matar bueyes; el tercero, menos delgado que el primero y menos macizo que el segundo, empuñaba una enorme llave robada de alguna puerta de prisión.

Parecía que Jondrette esperaba la llegada de estos hombres. Se inició un diálogo rápido entre él y el hombre flaco que llevaba un garrote.

- ¿Está todo pronto?
- Sí -contestó el flaco.
- ¿Dónde está Montparnasse?
- El joven galán se ha quedado conversando con vuestra hija mayor.
- ¿Hay abajo un cabriolé?
- Sí.
- ¿Está enganchado el carricoche?
- Enganchado está.
- ¿Con dos buenos caballos?
- Excelentes.
- ¿Espera donde he dicho que espere?
- Sí.
- Bien -dijo Jondrette.

El señor Blanco estaba muy pálido. Miraba todos los objetos de la cueva en torno suyo, como hombre que comprende dónde ha caído, y su mirada atenta se dirigía sucesivamente hacia todas las cabezas de los que lo rodeaban. Estaba sorprendido, pero sin que hubiese nada en él parecido al miedo.

Este anciano, tan valiente ante aquel peligro, enorgullecía a Marius. Al fin y al cabo era el padre de la mujer amada. Marius pensó que en pocos segundos llegaría el momento de intervenir, y levantó la mano derecha en dirección al corredor, listo a lanzar su disparo.

Tres de los hombres que Jondrette llamaba deshollinadores sacaron del montón de hierros algunos implementos: uno tomó unas grandes tijeras, el otro unas tenazas y el tercero un martillo. Terminado el coloquio con el hombre del garrote, Jondrette se volvió de nuevo hacia el señor Blanco, y repitió su pregunta, acompañándola con esa risa baja, contenida y terrible que le era peculiar:

- ¿No me reconocéis?

- No.

Entonces Jondrette se inclinó por encima de la vela, cruzó los brazos, aproximó su mandíbula angulosa y feroz al rostro sereno del señor Blanco, acercándosele lo más posible sin que éste se echara hacia atrás, en una postura de fiera salvaje que se apronta a morder, y le gritó:

- [No me llamo Fabontou, ni me llamo Jondrette, me llamo Thenardier! [Soy el posadero de Montfermeil! ¿Oís bien? [Thenardier! ¿Me conocéis ahora?

Un imperceptible rubor pasó por la frente del señor Blanco, que contestó, sin que la voz le temblara, sin alzarla, con su acostumbrada afabilidad:

- Tampoco.

Marius no oyó esta respuesta. Parecía herido por un rayo. En el momento en que Jondrette había dicho: Me llamo Thenardier, Marius se había estremecido y había tenido que apoyarse en la pared, como si hubiera sentido el frío de una espada que le atravesara el corazón. Luego su brazo derecho, pronto a dar la señal, había bajado lentamente, y en el momento en que Jondrette había repetido: ¿Oís bien? [Thenardier!, los desfallecidos dedos de Marius habían estado a punto de dejar caer la pistola.

Jondrette, al confesar quién era, no había conmovido al señor Blanco, pero había trastornado a Marius. La recomendación sagrada de su padre retumbaba en sus oídos. El nombre de Thenardier formaba parte de su alma, se mezclaba con el nombre de su padre dentro del culto que tenía a su memoria.

—Cómo! —Era aquél el Thenardier, el posadero de Montfermeil, a quien había buscado en vano durante largo tiempo! —Lo hallaba al fin! ¿Pero qué hallaba? El salvador de su padre era un bandido; aquel hombre por el que Marius hubiera querido sacrificarse, era un monstruo. Aquel salvador del coronel Pontmercy estaba a punto de cometer un asesinato. —Y el asesinato de quién, gran Dios! —Qué fatalidad! —Qué amarga burla de la suerte! Su padre le decía —Socorre a Thenardier! Y él contestaba a esta voz adorada y santa destruyendo a Thenardier.

Pero, por otra parte, —cómo asistir a aquel asesinato premeditado y no impedirlo! —Cómo condenar a la víctima, y salvar al asesino! ¿Le debía gratitud a semejante miserable? ¿Qué partido elegir? ¿Faltar al testamento de su padre, o dejar que se consumara un crimen? Todo estaba en sus manos. Pero no tuvo tiempo de pensar, pues la escena que tenía ante sus ojos se precipitó con furia.

Thenardier, a quien ya no nombraremos de otro modo, se paseaba por delante de la mesa en una especie de extravío y de triunfo frenético.

Cogió el candelero y lo colocó sobre la chimenea, dando con él un golpe tan violento que la vela estuvo a punto de apagarse, y la pared quedó salpicada de sebo.

Luego se volvió hacia el señor Blanco, y más bien vomitó que pronunció estas palabras:

- —Al fin os encuentro, señor filántropo, señor millonario raído! —Señor regalador de muñecas! —Viejo imbécil! —No me conocéis! —No sois vos quien fue a Montfermeil, a mi posada hace ocho años la noche de Navidad de 1823! —No sois vos quien se llevó de mi casa a la hija de la Fantina, la Alondra! —No sois vos el que llevaba un paquete lleno de trapos en la mano, como el de esta mañana! —Mira, mujer! —Parece que es su manía llevar a las casas paquetes llenos de medias de lana! —El viejo caritativo! —Yo sí que os reconozco!

Se detuvo, y pareció hablar consigo mismo. Luego, golpeó con fuerza la mesa y gritó:

- —Con ese aire bonachón! —Demonios! En otro tiempo os burlasteis de mí; sois causa de todas mis desgracias. Por mil quinientos francos comprasteis una muchacha que yo tenía, que seguramente era de gente rica, que me había producido ya mucho dinero, y a costa de la cual debía vivir toda mi vida. Una

niña que me hubiera indemnizado de todo lo perdido en ese abominable bodegón. ¡Cretino! ¡Y ahora me trae cuatro malos luises! ¡Canalla! ¡Ni aun ha tenido la generosidad para llegar a los cien francos! Pero yo me reía, y pensaba: Te tengo, estúpido. Esta mañana te lamía las manos; pero esta noche te arrancaré el corazón.

Thenardier calló. Se ahogaba. Su pecho mezquino y angosto resollaba como el fuelle de una fragua. Su mirada estaba llena de esa innoble felicidad de una criatura débil, cruel y cobarde, que consigue al fin echar por tierra al que ha temido.

El señor Blanco no lo interrumpió, pero le dijo cuando acabó:

- No sé lo que queréis decir. Os equivocáis. Soy un hombre pobre, y nada más lejano de mí que ser millonario. No os conozco, creo que me tomáis por otro.

- ¡Ah! -gritó Thenardier-. ¡Os empeñáis en seguir la broma! ¡Ah! ¡Palabras vanas, mi viejo! ¿Conque no me recordáis? ¿Conque no sabéis quién soy?

- Perdonad -respondió el señor Blanco con gran gentileza, gentileza que tenía en tal momento algo de extraño y de poderoso-, ya veo que sois un bandido.

Al oír esto, Thenardier tomó la silla como si la fuera a quebrar con las manos.

- ¡Bandido! ¡Sí, soy bandido como me llamáis vosotros, los ricos! Claro, es cierto, me he arruinado, estoy escondido, no tengo pan, no tengo un centavo, soy un bandido. Hace tres días que no como, soy un bandido. Vosotros os calentáis los pies en la chimenea, tenéis abrigo forrado, habitáis mansiones con portero, coméis trufas, y cuando queréis saber si hace frío, consultáis el periódico. ¡Nosotros somos los termómetros! Para saber si hace frío no tenemos que consultar a nadie, sentimos helarse la sangre en las venas y el hielo llegamos al corazón, y entonces decimos: ¡no hay Dios! ¡Y vosotros venís a nuestras cavernas a llamarnos bandidos!

Aquí Thenardier se aproximó a los hombres que estaban cerca de la puerta y agregó con un estremecimiento:

- ¡Cuando pienso que se atreve a hablarme como a un zapatero remendón!

Luego se dirigió nuevamente al señor Blanco, con renovada furia:

- ¡Y sabed también esto, señor filántropo! ¡Yo no soy un hombre cualquiera cuyo nombre se ignora, que va a robar niños a las casas! Yo soy un soldado francés. ¡Yo debiera estar condecorado! ¡Yo estuve en Waterloo, y salvé en la batalla a un general llamado el conde de Pontmercy! Este cuadro que veis, y que ha sido pintado por David, ¿sabéis lo que representa? Pues es a mí. Yo tengo sobre los hombros al general Pontmercy y lo llevo a través de la metralla. Esa es la historia. ¡Ese general nunca hizo nada por mí! No valía más que los otros. No por eso dejé de salvarle la vida poniendo en peligro la mía. Y ahora que he tenido la bondad de deciros todo esto, acabemos. ¡Necesito dinero, muchísimo dinero, u os extermino, por los mil demonios!

Marius había recuperado algún dominio sobre sus angustias, y escuchaba. La última posibilidad de duda acababa de desvanecerse. Era aquél efectivamente el Thenardier del testamento. Marius se estremeció al oír la reconvención de ingratitud dirigida a su padre y que él estaba a punto de justificar tan fatalmente. Su perplejidad no hacía más que redoblar.

El famoso cuadro de David no era, como el lector adivinará, otra cosa que la muestra de la taberna pintada por el propio Thenardier. Hacía algunos instantes que el señor Blanco parecía seguir y espiar todos los movimientos de Thenardier, el cual, cegado y deslumbrado por su propia rabia, iba y venía por el cuarto con la confianza de tener la puerta guardada, de estar armado contra un hombre desarmado, y de ser nueve contra uno, aun suponiendo que la Thenardier no se contase más que por un hombre. Al terminar de hablar, Thenardier daba la espalda al señor Blanco.

Este aprovechó la ocasión, empujó con el pie la silla, la mesa con la mano; y de un salto, con prodigiosa agilidad, antes que Thenardier hubiera tenido tiempo de volverse, estaba en la ventana. Abrirla, escalarla, meter una pierna por ella, fue obra de un momento. Ya tenía la mitad del cuerpo fuera, cuando seis robustos puños lo cogieron y lo volvieron a meter enérgicamente en el antro. Eran los tres "deshollinadores" que se habían lanzado sobre él. Uno de ellos levantaba sobre la cabeza del señor Blanco una especie de maza, formada por dos bolas de plomo en los dos extremos de una barra de hierro.

Marius no pudo resistir este espectáculo.

- Padre mío -pensó-, ¡perdonadme!

Y su dedo buscó el gatillo de la pistola. Iba ya a salir el tiro, cuando la voz de Thenardier gritó:

- ¡No le hagáis daño!

De un puñetazo derribó al hombre de la maza. Aquella tentativa desesperada de la víctima, en vez de exasperar a Thenardier, lo había calmado.

- Vosotros -añadió- registradlo.

El señor Blanco parecía haber renunciado a toda resistencia. Se le registró; no tenía más que una bolsa de cuero que contenía seis francos y su pañuelo. Thenardier se guardó el pañuelo en el bolsillo.

- ¿No hay cartera? -preguntó.

- Ni reloj.

Thenardier fue al rincón y allí cogió un paquete de cuerdas, que les arrojó.

- Atadle al banquillo -dijo.

Y viendo al viejo que permanecía tendido en medio del cuarto después del puñetazo que el señor Blanco le había dado, y notando que no se movía:

- ¿Acaso está muerto Boulatruelle? -preguntó.

- No -contestó el del garrote-; está borracho.

- Barredle a un rincón -dijo Thenardier.

Empujaron al borracho con el pie cerca del montón de hierros.

- Babet, ¿por qué has traído tanta gente? -dijo Thenardier por lo bajo al hombre del garrote-; no era necesario.

- ¡Qué quieres! Todos han querido ser de la partida; los tiempos son malos, y apenas se hacen negocios.

El camastro en que habían tirado al señor Blanco era una especie de cama de hospital, sostenida por un par de banquillos de madera y toscamente labrada. El señor Blanco dejó que hicieran de él lo que quisieran; los ladrones le ataron sólidamente, de pie, y con los pies sujetos al banquillo más distante de la ventana y más cercano a la chimenea.

Cuando terminaron el último nudo, Thenardier cogió una silla y fue a sentarse casi enfrente del señor Blanco. Se había transformado en algunos instantes; su fisonomía había pasado de la violencia desenfundada a la dulzura tranquila y astuta. Marius apenas podía conocer en esa sonrisa cortés la boca casi

bestial que momentos antes echaba espuma; contemplaba estupefacto aquella metamorfosis fantástica e inquietante.

- Caballero... -dijo Thenardier.

Y apartando con el gesto a los ladrones, que aún tenían puesta la mano sobre el señor Blanco, añadió:

- Apartaos un poco, y dejadme hablar con este caballero.

Todos se retiraron hacia la puerta, y él continuó:

- Caballero, habéis hecho mal en querer saltar por la ventana, porque habríais podido romperos una pierna. Ahora, si lo permitís, vamos a hablar tranquilamente. Ante todo debo daros cuenta de una observación que he hecho, y es que todavía no habéis lanzado el menor grito. Os felicito por ello y voy a deciros lo que deduzco. Cuando se grita, mi buen señor, ¿quién acude? La policía. ¿Y después de la policía? La justicia. Pues bien; vos no habéis gritado: es que os interesa muy poco que acudan la justicia y la policía. Hace tiempo que sospecho que tenéis algún interés en ocultar alguna cosa. Por nuestra parte, tenemos el mismo interés, conque podemos entendernos.

La fundada observación de Thenardier oscurecía aún más para Marius las misteriosas sombras bajo las cuales se ocultaba aquella figura grave y extraña a la que Courfeyrac había puesto el apodo de señor Blanco. Pero no podía sino admirar en semejante momento aquel rostro soberbiamente impasible y melancólico. Era evidentemente un alma que no sabía lo que era la desesperación. Era uno de esos hombres que dominan las situaciones extremas. Thenardier se levantó sin afectación, fue a la chimenea, separó el biombo y dejó al descubierto el brasero lleno de ardientes brasas, donde el prisionero podía ver perfectamente el cincel al rojo. Luego volvió a sentarse cerca del señor Blanco.

- Continúo -dijo-. Podemos entendernos; arreglemos esto amistosamente. Hice mal en incomodarme hace poco; no sé dónde tenía la cabeza; he ido demasiado lejos y he dicho mil locuras. Por ejemplo, porque sois millonario, os he dicho que exigía dinero, mucho dinero, enorme cantidad de dinero. Esto no sería razonable, tenéis la suerte de ser rico, pero tendréis vuestras obligaciones, ¿quién no tiene las suyas? No quiero arruinaros; al fin y al cabo, yo no soy un desollador. Mirad, yo cedo algo y hago un sacrificio por mi parte. Necesito solamente doscientos mil francos.

El señor Blanco no dijo una palabra. Thenardier prosiguió:

- Una vez fuera de vuestro bolsillo esa bagatela, os respondo de que todo ha concluido y de que no tenéis que temer ni lo más mínimo. Me diréis: [pero yo no tengo aquí doscientos mil francos! [Oh!, no soy exagerado; no exijo eso. Sólo os pido una cosa. Tened la bondad de escribir lo que voy a dictaros.

Colocó un papel y una pluma delante del señor Blanco.

- Escribid -dijo.

El prisionero habló, por fin.

- ¿Cómo queréis que escriba, si estoy atado?

- Es cierto, perdonad -dijo Thenardier-; tenéis mucha razón.

Y ordenó:

- Desatad el brazo derecho del señor.

Cuando vio libre la mano derecha del prisionero, Thenardier mojó la pluma en el tintero y se la presentó.

- Notad bien que estáis en nuestro poder -dijo-, a nuestra discreción; que ningún poder humano puede sacaros de aquí, y que nos afligiría verdaderamente el vernos obligados a recurrir a desagradables extremos. No sé ni vuestro nombre, ni las señas de vuestra casa; pero os prevengo que seguiréis atado aquí hasta que vuelva la persona encargada de llevar esta carta. Ahora dignaos escribir.

El señor Blanco, cogió la pluma. Thenardier comenzó a dictar.

- "Hija mía... "

El prisionero se estremeció, y alzó los ojos hacia Thenardier.

- Poned mejor, "Mi querida hija" -dijo Thenardier.

El señor Blanco obedeció.

- ¿La tuteáis, verdad?

- ¿A quién?

A la niña, caramba.

- No entiendo lo que queréis decir.

- No importa -gruñó Thenardier, y continuó-, escribid: "Ven al momento. Te necesito. La persona que te entregará esta carta está encargada de conducirte adonde yo estoy. Te espero. Ven con confianza".

El señor Blanco había escrito todo. Thenardier añadió:

- Borrada "ven con confianza"; eso podría hacer suponer que la cosa no es natural, y que la desconfianza es posible.

El señor Blanco borró las tres palabras.

- Ahora -prosiguió Thenardier- firmad... ¿Cómo os llamáis?

El prisionero dejó la pluma, y preguntó:

- ¿Para quién es esta carta?

- Ya lo sabéis -respondió Thenardier-; para la niña.

Era evidente que Thenardier evitaba nombrar a la joven de que se trataba. Decía la Alondra, decía la niña, pero no pronunciaba el nombre. Precaución de hombre hábil que guarda su secreto delante de sus cómplices. Decir el nombre hubiera sido entregarles todo el negocio, y darles a conocer más de lo que tenían necesidad de saber.

Replicó:

- Firmad: ¿cuál es vuestro nombre?

- Urbano Fabre -dijo el prisionero, con serena decisión.

Thenardier, con el movimiento propio de un gato, se metió la mano en el bolsillo, y sacó el pañuelo del señor Blanco. Buscó la marca y se aproximó a la luz.

- U. F. Eso es. Urbano Fabre. Pues bien, firmad U. F.

El prisionero firmó.

- Como hacen falta las dos manos para cerrar la carta, dádmela, la cerraré yo.

Hecho esto, Thenardier añadió:

- Poned en el sobre: Señorita Fabre. Como no habéis mentido al decir vuestro nombre, tampoco mentiréis con vuestras señas. Ponedlas vos mismo.

El prisionero permaneció un momento pensativo, luego cogió la pluma y escribió:

"Señorita Fabre, casa del señor Urbano Fabre, calle Saint-Dominique d'Enfer, número 17".

Thenardier cogió la carta con una especie de convulsión febril.

- ¡Mujer! -gritó.

La Thenardier acudió.

- Toma esta carta. Ya sabes lo que tienes que hacer. Abajo hay un cabriolé esperándote, parte de inmediato y vuelve volando.

Y, dirigiéndose al hombre de la maza, añadió:

- Tú, acompaña a la ciudadana. Irás en la parte trasera. ¿Recuerdas dónde dejé el carricoche?

- Sí -contestó el hombre.

Y dejando su maza en un rincón, siguió a la Thenardier.

Cuando ya se iban, Thenardier sacó la cabeza por la puerta entreabierta, y gritó en el corredor:

- Cuidado con perder la carta; piensa que llevas en ella doscientos mil francos.

- Tranquilo -respondió la voz ronca de su mujer-, me la puse en la panza.

Un minuto después se sintió el chasquido del látigo del cochero.

- ¡Bien! -masculló Thenardier-. Van a buen paso. Con ese galope, la ciudadana estará de vuelta en tres cuartos de hora más.

Acercó una silla a la chimenea, y se sentó cruzando los brazos, y apoyando sus botas enlodadas en el brasero.

- Tengo frío en los pies -dijo.

Una sombría calma había sucedido al feroz estrépito que llenaba el desván momentos antes. No se oía más ruido que la respiración acompasada del borracho que dormía en el suelo. Marius esperaba con ansiedad siempre creciente. El enigma era más impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella niña a quien Thenardier había llamado la Alondra? ¿Era su Ursula? Pero el señor Blanco había dicho que no la conocía. Por otra parte, las dos letras U. F. estaban explicadas; era Urbano Fabre, y Ursula no se llamaba ya Ursula. Esto era lo único que Marius veía con mayor claridad.

- De cualquier modo -decía-, si la Alondra es Ella, la veré, porque la Thenardier va a traerla aquí. Entonces todo acabará: daré mi vida y mi sangre si es preciso, pero la libentaré. Nada me detendrá.

Pasó así media hora. Thenardier parecía absorto en una tenebrosa meditación; el prisionero no se movía. Sin embargo, Marius creía oír por intervalos, y desde hacía algunos instantes, un pequeño ruido sordo hacia el lado donde éste se hallaba.

De improviso Thenardier dijo al señor Blanco con tono duro:

- Señor Fabre, escuchad lo que voy a deciros.

Estas pocas palabras parecían dar principio a una aclaración que despejaría el misterio. Marius prestó oído. Thenardier continuó:

- Mi mujer va a volver, no os impacientéis. Estoy convencido de que la Alondra es vuestra hija, y sé que querréis protegerla. Con vuestra carta mi mujer la irá a buscar. Le ordené que se

vistiera como la habéis visto para inspirarle confianza y así la niña la seguirá sin dificultad. Vendrán ambas en el cabriolé, con mi amigo detrás. En cierto lugar hay un carricoche con dos buenos caballos; allí subirá vuestra hija acompañada de mi camarada, y mi mujer volverá aquí a decirnos: "todo va bien". En cuanto a vuestra hija no se le hará ningún daño; el carricoche la llevará a un sitio donde estará tranquila, y en cuanto me hayáis dado esos miserables doscientos mil francos, os será devuelta. Si hacéis que me prendan, mi camarada dará el golpe de gracia a la Alondra, y todo habrá concluido.

Imágenes espantosas pasaron por la imaginación de Marius. [Cómo! Aquella joven a quien raptaban, ¿no iba a ser llevada allí? ¿Uno de aquellos monstruos iba a esconderla en la oscuridad? ¿Dónde? Marius sentía paralizarse los latidos de su corazón. ¿Qué hacer? ¿Disparar el tiro? ¿Poner en manos de la justicia a todos aquellos miserables? Pero no por eso dejaría la joven de estar en poder de ese horrible hombre del garrote. Y Marius pensaba en estas palabras de Thenardier cuya sangrienta significación entreveía: "Si me hacéis prender, mi camarada dará el golpe de gracia a la Alondra".

Ahora ya no lo detenía sólo el testamento del coronel, sino también el peligro en que estaba la que amaba. Esta aterrante situación duraba ya hacía más de una hora. En medio del silencio se oyó el ruido de la puerta de la calle, que se abría y luego se cerraba.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

- Aquí está la ciudadana -dijo Thenardier.

Apenas acababa de hablar cuando la Thenardier se precipitó en el cuarto, amoratada, jadeante, sofocada, llameantes los ojos.

- [Señas falsas! -gritó.

El bandido que había ido con ella entró detrás.

- ¿Señas falsas? -repitió Thenardier.

- La mujer replicó:

- [Nadie! En la calle de Saint-Dominique, número 17, no vive ningún Urbano Fabre.

La Thenardier se interrumpió para recuperar el aliento, y luego continuó, acezando:

- [Thenardier, eres demasiado bueno! Ese viejo te engañó. [Si fuera yo, lo habría cortado en cuatro para empezar, y si se

portaba mal, lo habría hecho hervir vivo! Y que diga dónde está esa niña y dónde está la pasta. [Así hay que hacerlo! [Mire que dar señas falsas, el viejo infame!

Marius respiró. Ella, Ursula o la Alondra, aquella a quien no sabía cómo llamar, estaba a salvo. Thenardier dijo al prisionero con una inflexión de voz lenta y singularmente feroz:

- ¿Señas falsas? ¿Qué es, pues, lo que esperabas?

- [Ganar tiempo! -gritó el prisionero con voz tonante.

Y al mismo instante sacudió sus ataduras; estaban cortadas. El prisionero sólo estaba sujeto a la cama por una pierna.

Antes de que los siete hombres hubiesen tenido tiempo de comprender la situación y de lanzarse sobre él, el señor Blanco se inclinó hacia la chimenea, extendió la mano hacia el brasero y levantó por encima de su cabeza el cincel hecho ascua.

Es probable que cuando los bandidos registraron al prisionero, éste llevara consigo una moneda de las que cortan y pulen los presidiarios, con infinita paciencia, hasta darles una forma especial para que sirvan como sierra en el momento de su evasión. Seguramente conseguiría ocultarla en su mano derecha, y al tenerla libre, la usó para cortar las cuerdas que lo ataban, lo cual explicaría el ligero ruido y los movimientos casi imperceptibles que Marius había observado. Como no se atrevió a inclinarse para no traicionar sus intentos, no pudo cortar las ligaduras de la pierna. Los bandidos se rehicieron de su primera sorpresa.

- Descuidad -dijo Bigrenaille a Thenardier-. Está todavía sujeto por una pierna, y no se irá, yo respondo; como que yo le até a esa pata.

Sin embargo, el prisionero alzó la voz:

- [Sois unos miserables, pero mi vida no vale la pena de ser tan defendida! En cuanto a imaginaros que me haréis hablar, que me haréis escribir lo que yo no quiero escribir, que me haréis decir lo que yo no quiero decir, eso sí que no.

Subió la manga de su brazo izquierdo y agregó:

- Mirad.

Extendió el brazo y apoyó sobre la piel desnuda el cincel candente.

Se escuchó el chirrido de la carne quemada y se sintió el olor de las cámaras de tortura.

Marius se tambaleó, horrorizado y hasta los bandidos se estremecieron. El anciano, en cambio, fijó su mirada serena en Thenardier, sin odios.

- Miserables -dijo- no me temáis, así como yo no os temo.

Y arrancando el cincel de la herida, lo lanzó por la ventana, que había quedado abierta.

- Haced de mí lo que queráis -dijo.

- ¡Sujetadle! -gritó Thenardier.

Dos bandidos lo tomaron de los hombros y el ventrílocuo se paro frente a él, dispuesto a hacerle saltar el cráneo con su llave al menor movimiento.

Marius escuchó en el extremo inferior del tabique este coloquio sostenido en voz baja:

- No hay más que una cosa que hacer.

- ¡Abrirlo de un tajo!

- Eso.

Eran el marido y la mujer que celebraban con Thenardier fue lentamente hacia la mesa, abrió el cajón y cogió el cuchillo.

Marius oprimía la culata de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Hacía una hora que se elevaban dos voces en su conciencia; la una le decía que respetase el testamento de su padre, la otra le gritaba que socorriera al prisionero. Aquellas dos voces continuaban sin interrupción su lucha, que lo hacía agonizar. Había esperado vagamente, hasta aquel momento, hallar un medio de conciliar los dos deberes, pero nada posible había surgido.

Entretanto el peligro apremiaba; había ya traspasado el último límite de la espera. Thenardier, a pocos pasos del prisionero, pensaba, con el cuchillo en la mano. Marius, desesperado, paseaba sus miradas en tomo suyo. De repente se estremeció. A sus pies, sobre la cómoda, un rayo de clara luna iluminaba una hoja de papel, en la que leyó esta línea escrita en gruesos caracteres aquella misma mañana por la mayor de las hijas de Thenardier: "*Las sabuesos están ahí*".

Una idea, una luz atravesó la imaginación de Marius; era el medio que buscaba, la solución de aquel horrible problema. Cogió el papel, arrancó suavemente un pedazo de yeso del tabique, lo envolvió en el papel, y lo arrojó por el agujero en medio del tugurio vecino.

Ya era tiempo. Thenardier había vencido sus últimos escrúpulos o sus últimos temores, y se dirigía hacia el prisionero.

- ¡Algo han tirado! -gritó la Thenardier.

- ¿Qué es? -dijo el marido.

La mujer se lanzó a recoger el yeso envuelto en el papel y lo entregó a su marido.

- ¿Por dónde ha venido? -preguntó Thenardier.

- ¿Por dónde quieres que haya entrado? Por la ventana.

- Yo lo vi caer -dijo Bigrenaille.

Thenardier desenvolvió rápidamente el papel, y se acercó a la luz.

- Es la letra de Eponina. ¡Diablo!

Hizo una seña a su mujer que se acercó vivamente, y le mostró lo escrito en el papel, añadiendo luego con voz sorda:

- ¡Pronto! ¡La escalera de cuerda! Dejemos el tocino en la ratonera, y abandonemos el campo.

- ¿Sin cortarle el pescuezo al hombre? -preguntó la Thenardier.

- No tenemos tiempo.

- ¿Por dónde? -preguntó Bigrenaille.

- Por la ventana -respondió Thenardier-. Puesto que Eponina ha tirado la piedra por la ventana, es que la casa no está cercada por ese lado.

El bandido con voz de ventrílocuo dejó en el suelo su enorme llave, levantó los dos brazos y abrió y cerró tres veces las manos sin decir una palabra. Fue como la señal de zafarrancho para una tripulación. Los que sujetaban al prisionero lo soltaron; en un abrir y cerrar de ojos fue desenrollada la escala hacia fuera de la ventana y sujeta sólida y firmemente al marco con los dos ganchos de hierro.

El prisionero no ponía atención a lo que pasaba en torno suyo. Parecía soñar o rezar.

Una vez lista la escala, Thenardier gritó:

- Ven, mujer.

Y se precipitó hacia la ventana. Pero cuando iba a saltar por ella, Bigrenaille lo cogió bruscamente del cuello:

- Todavía no, viejo farsante; después de que nosotros hayamos salido.

- Después que nosotros -aullaron los demás bandidos.

- Parecéis niños asustados -dijo Thenardier-; estamos perdiendo tiempo. Los polizontes nos están pisando los talones.

- Pues bien -dijo uno de los bandidos-, echemos a la suerte quién pasará primero.

Thenardier exclamó:

- ¡Estáis locos! ¡Estáis borrachos! ¡Perder así el tiempo! Echar a la suerte, ¿no es verdad? Escribiremos nuestros nombres y los pondremos en una gorra...

- ¿Queréis mi sombrero? -gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron. Era Javert. Tenía el sombrero en la mano, y lo ofrecía sonriendo.

Capítulo 13

Se debería comenzar siempre por apresar a las víctimas

Javert, al anochecer, había apostado a su gente y él mismo se había emboscado detrás de los árboles frente al caserón Gorbeau. Empezó por abrir su bolsillo para meter en él a las dos muchachas encargadas de vigilar las inmediaciones del tugurio, pero sólo encontró a Azelma. Eponina no estaba en su puesto; había desaparecido. Luego Javert quedó al acecho, atento el oído a la señal convenida.

Las idas y venidas del coche lo preocuparon y terminó por impacientarse. Estaba seguro de andar de suerte y de que allí había un nido, ya que conocía a muchos de los bandidos que habían entrado; acabó por decidirse a subir sin esperar el pistoletazo. Entró con la llave de Marius. Llegó justo a tiempo.

Los bandidos, asustados, se arrojaron sobre las armas que habían abandonado en el momento de evadirse. En menos de un segundo, aquellos siete asesinos, que daba espanto mirar, se agruparon en actitud de defensa; Thenardier tomó su cuchillo; la Thenardier se apoderó de una enorme piedra que servía a sus hijas de taburete.

Javert se puso su sombrero, dio dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, el bastón debajo del brazo y el espadín en la vaina.

- ¡Alto ahí! -dijo-. No saldréis por la ventana, sino por la puerta. Es menos perjudicial. Sois siete, nosotros somos quince. No riñáis como principiantes. Sed buenos muchachos.

Bigrenaille sacó una pistola que llevaba oculta bajo la camisa, y la puso en la mano de Thenardier, diciéndole al oído:

- Es Javert. Yo no me atrevo a disparar contra ese hombre. ¿Te atreves tú?

- ¡Por supuesto! -respondió Thenardier.

- Entonces, dispara.

Thenardier cogió la pistola y apuntó a Javert.

Este, que se hallaba a tres pasos, lo miró fijamente, y se contentó con decirle:

- No tires, te va a fallar.

Thenardier apretó el gatillo; el tiro no salió.

- ¡Te lo dije! -exclamó Javert.

- ¡Eres el emperador de los demonios! -gritó Bigrenaille, tirando su garrote al suelo-. Yo me rindo.

- ¿Y vosotros? -preguntó Javert a los demás.

- También.

Javert dijo con calma:

- Bien, bien; ya decía yo que erais buena gente.

Y volviéndose a la puerta llamó a sus hombres.

- Entrad ya -dijo.

Una escuadra de municipales sable en mano y de agentes armados de garrotes, se precipitó en la habitación.

- ¡Esposas a todos! -gritó Javert.

La Thenardier miró sus manos atadas y las de su marido, se dejó caer en el suelo, y exclamó llorando:

- ¡Mis hijas!

- Están ya a la sombra -dijo Javert.

En tanto, los agentes habían descubierto al borracho dormido detrás de la puerta, y lo sacudían. Se despertó balbuceando:

- ¿Hemos concluido, Jondrette?

- Sí, Boulatruelle -respondió Javert.

Los seis bandidos, atados, conservaban aún sus caras de espectros: tres tiznados de negro, tres enmascarados.

- Conservad vuestras caretas -dijo Javert.

Y pasándoles revista con la mirada de un Federico II en la parada de Postdam, dijo a los tres falsos deshollinadores:

- Buenas noches, Bigrenaille; buenas noches, Brujon; buenas noches, Demiliard.

Luego, volviéndose hacia los tres enmascarados, dijo al hombre de la maza:

- Buenas noches, Gueulemer.

Y al del garrote:

- Buenas noches, Babet.

Y al ventrílocuo:

- Qué tal, Claquesous.

En ese momento, vio al prisionero de los bandidos, el cual, desde la entrada de los agentes de policía no había pronunciado una palabra, y se mantenía con la cabeza baja.

- Desatad al señor -dijo Javert-, y que nadie salga.

Dicho esto, se sentó ante la mesa, donde habían quedado la vela y el tintero, sacó un papel sellado del bolsillo, y comenzó su informe. Luego que escribió las primeras líneas, que son las fórmulas de siempre, alzó la vista.

- Que se acerque el caballero a quien estos señores tenían atado.

Los agentes miraron en derredor.

- Y bien -preguntó Javert-, ¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbano Fabre, el padre de Ursula, había desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero la ventana no lo estaba. En cuanto se vio libre, y en tanto que Javert escribía, se aprovechó de la confusión, de la oscuridad, y de un momento en que la atención no estaba fija en él, para lanzarse por la ventana.

Un agente corrió a ella y miró. No se veía nada afuera. La escala de cuerda temblaba todavía.

- ¡Demonios! -dijo Javert entre dientes-. ¡Este debía ser el mejor de todos!

Capítulo 14

El niño que lloraba en la segunda parte

Al día siguiente, un niño caminaba en dirección a Fontainebleau. Era noche oscura. El muchacho era pálido, flaco; iba vestido de harapos, con un pantalón de lienzo en pleno invierno, y cantaba a voz en grito.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, una vieja encorvada rebuscaba en un montón de basura, a la luz del farol. El niño la empujó al pasar, y luego retrocedió, exclamando en tono burlón:

- ¡Qué te parece! ¡Y yo que había tomado esto por un perro enorme, ENORME!

La vieja, sofocada de indignación, se levantó, y el resplandor de la luz dio de lleno en su cara angulosa y arrugada, con patas de gallo que le bajaban casi hasta la boca. El cuerpo se perdía en la sombra, y sólo se veía la cabeza. Hubiérase dicho que era la máscara de la decrepitud dibujada por una luz en la noche.

El niño la miró atentamente.

- Esta señora -dijo- no es mi tipo de belleza.

Y prosiguió su camino, cantando:

*Mambrú se fue a la guerra
montado en una perra.*

*Mambrú se fue a la guerra
no sé cuándo vendrá.*

Al acabar el cuarto verso se detuvo. Había llegado delante del número 50-52, y hallando cerrada la puerta, comenzó a descargar sobre ella golpes y taconazos que llegaban a retumbar, y que eran testimonio más bien de los zapatos de hombre que llevaba que de los pies de niño que tenía.

Entretanto, la anciana que había encontrado en la esquina del Petit-Banquier corría detrás de él, lanzando gritos y haciendo gestos desmesurados.

- ¿Qué es eso?, ¿qué es eso? ¡Buen Dios! ¡Echan abajo la puerta! ¡Están derribando la casa!

Las patadas continuaban. La mujer gritaba a más no poder. De pronto se detuvo; había reconocido al pilluelo.

- ¡Ah, claro, tenías que ser tú, Satanás!

- ¡La vieja otra vez! -dijo el muchacho-. Buenas noches, tía Burgonmuche. Vengo a ver a mis antepasados.

La vieja respondió con una mueca:

- No hay nadie aquí, patán.

- ¿Dónde está mi padre?

- En la cárcel de la Force.

- ¡Vaya! ¿Y mi madre?

- En la de Saint-Lazare.

- ¿Y mis hermanas?

- En las Madelonnettes.

El niño se rascó la oreja, miró a la señora Burgon, y exclamó:

- ¡Qué te parece!

Luego hizo una pirueta, giró sobre sus talones, y un segundo después la mujer, que se había quedado en el umbral de la puerta, lo oyó cantar con voz clara y juvenil, perdiéndose entre los álamos que se estremecían al soplo del viento invernal:

*Mambrú se fue a la guerra
montado en una perra.
Mambrú se fue a la guerra
no sé cuándo vendrá.
Si volverá por Pascua,
o por la Trinidad.*



www.feedbooks.com
Food for the mind